BELÉN GOPEGUI

PEQUEÑAS HERIDAS MORTALES

o algunas maneras de llevarse la contraria

EN DEBATE

BELÉN GOPEGUI

PEQUEÑAS HERIDAS MORTALES

O algunas maneras
de llevarse la contraria

EN DEBATE

A Fernando Cembranos,
y a quienes, cuando ya no estemos,
nos llevarán como llevamos hoy
a quienes se han ido, «un eco que
vibra en nuestras voces y reverbera
siempre en nuestro pecho».[*]

Presentación

Los personajes no pueden salir de sus libros a no ser que alguien les convoque. Alguien me ha convocado y escapo cada mañana de mi novela. Me siento en un bar con un café y te escribo. Llevo un abrigo de mangas largas de esos que cubren las manos hasta donde empiezan los dedos y tengo ojos color de cáscara de nuez.

Si vinieras conmigo hablaríamos de trivialidades, eso que en inglés llaman conversación pequeña y aquí podría llamarse charla o palique. Como no estás, a veces hago preguntas grandes y, como no me frenas con una broma, me pongo a contestarlas. «Vivir –escribió João Guimarães Rosa en su novela *Gran Sertón: Veredas*– es un asunto muy peligroso». Y también: «Todo lo que hay es aviso». Las novelas son así.

Quienes escriben teorías sobre las decisiones dicen que hay tres maneras de decidir. La primera, en condiciones de certeza: cuando sabes –o crees que sabes, ah, menuda diferencia– cuál será el resultado de cada una de las acciones posibles. La segunda, en condiciones de riesgo: cuando desconoces qué pasará pero puedes hacer un cálculo de probabilidades.

Y la tercera, a veces pienso que es la única, decidir en condiciones de incertidumbre: cuando no sabes qué va a pasar ni puedes hacer un cálculo medio fiable de lo que pasaría si hicieras una cosa u otra distinta. Desde luego, es la más frecuente, porque calibrar las cosas bien resulta complicado, los datos son pobres e incompletos, y desconocemos más de lo que sabemos acerca de los mecanismos que

actúan en la realidad. A menudo, ni siquiera podemos describir eso de nombre tan bello, el espacio de sucesos, lo que podría ocurrir si decidieras una cosa u otra.

Pido un café y te hablo de lo que he ido averiguando sobre los organismos y sobre los materiales que usamos para atravesar, medio a oscuras, nuestro espacio de sucesos nebuloso. Como cuando se dice con estos mimbres hay que hacer el cesto. O como cuando preguntar de qué estamos hechas las personas se parece a preguntar cómo nos comportamos.

Los materiales nunca son solo lo que va por dentro de la piel. Hay anhelos en las mimbreras granates cuando el alba despunta y las roza el viento. Una mente se hace también con lo vivido. Una mirada, también con lo que mira y con quien la mira. Escribo para ti, amiga persona, lo que pienso contigo en los cafés, pequeñas heridas mortales, cavilaciones, mecanismos que nos hacen, asomados al mundo.

1. Entenderte o tal vez imaginarte

1.1. Varios sentidos comunes

Me parece que va a ser así. Me gustaba pensar que no, que había un solo sentido común, que en el fondo podíamos entendernos. Lo que ahora pienso es que para que podamos entendernos a lo mejor hay que llegar a un acuerdo entre nuestros diferentes sentidos comunes. Y me cuesta pensarlo. Tenía, ¿sabes?, tanta confianza en los argumentos. Amaba la lógica. No he dejado de hacerlo. Es la lógica la que me lleva a seguir preguntando cómo pensamos, cómo conocemos y cómo nos comunicamos.

Hay algo bello y tranquilizador en la idea original de Chomksy sobre el lenguaje, la idea de que los seres humanos llevan un cableado lingüístico, una estructura que les permite aprender a hablar sin tener que aprender cuáles son las reglas para hacerlo. Y parece razonable pensarlo puesto que es necesario conocer las reglas del lenguaje matemático o de programación o de la composición musical para poder usarlos, y no se aprenden tan temprano, ni solo observando como los usan otras personas. Después han surgido muchas teorías y experimentos relacionados con la adquisición del lenguaje que hablan de la importancia del aprendizaje, de la relación con el exterior y entre las diferentes áreas implicadas en ese aprendizaje, etcétera. Aún nada está completamente demostrado, cabe suponer que se llegará a un término medio en el que cabrán tanto las estructuras que nos constituyen como el batiburrillo y el recapitular de azares. El lingüista

y poeta Carlos Piera resumía así el probable camino de nuestra evolución: «No funciones que crean órganos, sino órganos que absurdamente resultan adecuados para cumplir una función que muy bien podía no ser la suya. Inventos, pues, naturales; interrupciones de lo previsible; éxitos de alguna peculiaridad».

Pero, en cualquier caso, la idea chomskiana representa un sueño, al menos habría algo claro, algo nítido y hermosamente organizado dentro de nuestras cabezas, una imposibilidad posible, una clase de materia al mismo tiempo física y un poco infinita pues permite expresar también lo inexpresable, lo nuevo, el lenguaje que cambia en cada tiempo y lugar. Además, es probable que existan relaciones entre el cableado lingüístico y el cableado que nos capacita para razonar, entender y formular proposiciones lógicas y rebatir las que no lo son.

Entre tanto van apareciendo visiones de lo que no es exacto y de lo que no es igual. Lo cuenta, por ejemplo, el lingüista cognitivo George Lakoff cuando habla del pensamiento encarnado en relación con las metáforas. Pero no las metáforas de la poesía, sino esas que se usan sin darse cuenta. Se identifica arriba con mucho, porque una gran parte del pensamiento es inconsciente, no en el sentido freudiano, sino en el sentido de que, por ejemplo, cuando escuchamos no estamos al tanto de cómo procesamos los sonidos, el ruido de fondo, algunas reglas gramaticales, y cuando hablamos no sabemos exactamente cómo vamos a terminar cada frase ni pensamos tampoco en cómo vamos a mover la lengua aunque sí seamos conscientes del hilo de lo que estamos diciendo.

Dos zonas distintas del cerebro procesan el espacio y la cantidad. Y constatan que cada vez que se echa más agua en el vaso, el nivel sube, que si se apilan unos libros sobre otros, el montón sube, igual que si se añade más arena al montón de arena. Llega un momento, dice Lakoff, en que ambas zonas se conectan y crean un circuito o un trayecto. A partir de entonces más es arriba y menos es abajo, los precios suben o bajan y podemos subir el volumen de la música o bajar la voz.

Dicen que el progreso se interpreta como movimiento, y por eso se usa la palabra «avanzar», o bien parece que alguien o algo está

estancado. Esta es, para Lakoff, una metáfora que atraviesa casi todo, la vida es un viaje, a veces también el amor es un viaje en el cual cabe llegar a vías muertas. De nuevo no es exacto ni universal, no se cumple siempre y alguna vez la vida y el amor dejan de interpretarse como un viaje con objetivos y destinos que alcanzar, y se ven como un baile que no busca el aplauso sino el placer; también decía el llamado san Agustín que el canto es la conciencia del tiempo.

Más a menudo, sin embargo, las metáforas de avance y adquisiciones se encadenan y se interpreta el tiempo como algo valioso que pueden hacerte perder o que puedes ganar. Lo mismo se aplica a la moral, de tal manera que un acto bueno puede generar una deuda, y un acto malo ser retribuido mediante la venganza o el castigo. Aquí reaparecen el arriba y el abajo entendidos quizá como mucho y poco, mucha virtud y poca, o tal vez la imagen tenga relación con la experiencia de la fuerza de la gravedad, y se dice que hay comportamientos firmes y con altura de miras, o se habla de bajeza moral y de caída.

Pero no hay que olvidar que cuando las metáforas se hacen complejas, además de la percepción a través de los sentidos interviene la interacción con el medio, con la historia, con el poder de quienes lo han tenido y han impuesto maneras de ver el mundo. Lakoff no suele tener en cuenta que bajos son, por ejemplo, el arroyo, la tierra, los cultivos. Altas, las torres para controlar, baja la ruta de las hojas caídas que alimenta al bosque, altas las cumbres de piedra escarpada, bajos los amplios valles donde crece la vida, bajo lo radical, el nivel del mar y nuestros pasos, bajos los cuerpos, altos los árboles que no ceden sus frutos. Bajas las clases que no oprimen a otras, altas las que sí. Quien dio nombre a lo alto y a lo bajo, y lo quiso unir a lo bueno y a lo malo, casi siempre fue quien controlaba, quien golpeaba desde caballos o drones. Por otro lado, en distintos momentos metáforas distintas, y a veces opuestas, pueden convivir.

He titulado el epígrafe «Varios sentidos comunes» y no «Varias racionalidades». La racionalidad, entiendo, no es una facultad, sino un método. Un método útil que también amo. Para poder usar ese método es necesario tener ciertas facultades, pero ninguna facultad garantiza

que se aplique el método racional. No hay más que mirarse para observar cuántas veces al día personas que tienen las facultades que permiten el ejercicio de la racionalidad toman decisiones que las alejan de sus fines, esgrimen argumentos disparatados y tienen comportamientos que les cuesta explicar, como quien danza al son de una música que los demás no escuchan.

La neurología y la psicología estudian algunos de estos momentos. La ira, por ejemplo, se vincula a la agresividad y al animal, en este caso al animal humano. Inmerso en una situación en la que puede necesitar atacar, no le conviene tener completamente activa la zona del razonamiento, pues le hará falta decidir con rapidez, de modo que se desconecta del futuro no inmediato. Quienes tienen más lábil, más suelto de lo necesario, o de lo que quisieran, el interruptor que hace saltar la ira, y se esfuerzan por controlarlo, saben que cuando el impulso se desata en contra de su voluntad, y del juicio que harán después, lo primero que deben evitar es tomar decisiones a medio plazo con respecto al hecho en cuestión. Callar, si pueden; irse, si pueden. Pero, en todo caso, no tomar decisiones sobre el futuro, porque en ese momento no habrán podido aplicar la racionalidad y tal vez se arrepientan siempre de la relación que clausuraron, de las consecuencias de lo que dijeron y de lo que decidieron destruir o abandonar. El problema es que resulta casi imposible modificar una emoción, pero sí se puede modificar un pensamiento, y más si se trata de un pensamiento erróneo, y se puede modificar una conducta, y más si se hace de ella una costumbre.

El método de la racionalidad permite describir los procesos por los cuales se llegan a escoger ciertos fines, y describir también cuáles se considera que serían los caminos mejores para alcanzarlos. Pero cuando se trata de la vida diaria, ningún fin cabe en una afirmación del tipo «p es una necesidad de x» porque p y x casi nunca tienen significados unívocos y si se dijera «tener un amigo es una necesidad de Laura», por más que incluso la semántica pueda hoy formalizarse en parte, lo que habitara dentro de la palabra «amigo» no sería lo mismo según quién lo dijera. Eso hará que sea difícil ponerse completamente de acuerdo entre

los diferentes caminos para llegar a un mismo fin, porque en realidad ni siquiera se estará hablando del mismo fin, en la medida en que la palabra amigo alberga significados, imágenes, recuerdos, metáforas y proyectos distintos en cada caso. La comunicación perfecta solo podría darse entre personas idénticas, y preferimos que haya personas distintas.

Para una máquina es mucho más fácil trabajar con problemas matemáticos de nivel universitario que llegar a tener el sentido común con el que una criatura de cinco años dispone bloques de madera y forma casas y torres, contaba el científico Marvin Minsky. En el primer caso, se utilizan datos y procesos bastante similares entre sí. En el segundo, en el del juego de los bloques, hay que conocer y utilizar una variedad de asuntos diferentes que atañen al conocimiento de formas y colores, del espacio y el tiempo, el apoyo y el equilibrio, además de la capacidad de llevar registro de lo que uno hace.

Cada tipo de conocimiento requiere una forma de representación. Por eso especializarse es sencillo. Una vez adquirida una forma de representación, se pueden ir adquiriendo conocimientos siempre que se adapten a esa forma, por ejemplo la física, o las matemáticas, o una rama especial de las matemáticas, de la medicina, de la interpretación musical. En cambio, quien no quiera limitarse a una sola rama necesita aprender muchas formas de representación. El sentido común no es un especialista, trabaja con multitud de representaciones del mundo, sentimentales, geométricas, táctiles, concretas, abstractas, claras, confusas, poéticas, prácticas, humorísticas, lógicas, serias, sigilosas, exaltadas, éticas, morales, próximas, lejanas. Y sucede que a veces no coinciden, que alguien desarrolla más unos sistemas y abandona otros, o alguien mete en sus sistemas unos datos y otra persona los desestima.

El lugar desde donde habla cada persona, su salud, los temores con que quizá tuvo que crecer, lo que pudo celebrar, los descubrimientos que hizo, todo eso y tanto más hace que a veces dos personas no se entiendan, aunque mantengan una conversación que desde fuera parece lógica y perfectamente comprensible para ambas. Ya sabes, aquel «No vemos las cosas como son, las vemos como somos» de Anaïs Nin. Poco a

poco se descubre que ya no es solo diferente cómo se ven las cosas, ni lo son solo las frases que se dicen y las asociaciones y deseos que traen. También las herramientas que están en las cabezas y en los cuerpos son distintas. Varios sentidos comunes, y se llega a acuerdos, y se toma el relevo, y alguien continúa una tarea en el punto en el que otra persona la abandonó, y así progresa el conocimiento y también disminuye la soledad. Pero es insólito. Es extraordinario. Como un juego de azar que casi siempre se cumpliera.

1.2. El Yo y los yoes

En un libro que defiende abierta y convincentemente el método de la racionalidad, *Lo mejor posible. Racionalidad y acción humana*, el filósofo Jesús Mosterín escribió: «Con frecuencia no está nada claro qué es lo que quiero, ni siquiera para mí. El yo es una construcción hipotética a partir de múltiples episodios dispersos de consciencia. En cualquier caso, es la punta apenas entrevista de un iceberg cerebral, la mayor parte de cuyo procesamiento de la información es inconsciente. Nuestro cerebro, a su vez, es el resultado chapucero de la yuxtaposición de sistemas distintos de procesamiento de la información, sistemas surgidos en épocas diferentes para resolver problemas dispares. A veces parece una empresa mal avenida, en la que distintos comités toman decisiones opuestas, lo que puede conducir a la parálisis práctica. El yo con planes y voluntad propia no es algo dado, sino algo construido o por construir».

También Minsky indicaba que había diferencias en la misma persona. Para describir la distancia entre lo que alguien fue con tres años y lo que es ahora podría usarse, decía, la imagen del cuchillo al que en un momento le cambian el mango y en otro momento distinto le cambian la hoja. Cuando alguien piensa en su yo suele acudir al modelo sencillo, pero muy discutible, del cuerpo y la mente, no piensa en las muchas partes de su cuerpo ni tampoco en los cuatrocientos módulos que en su cerebro, que es también cuerpo, hacen cuatrocientas cosas distintas

llamadas procesos cognitivos. Tampoco piensa, aunque de hecho los use, en los yoes distintos que actúan según se esté en el trabajo o con la familia o en soledad. La idea de un Yo con mayúscula que garantiza una cierta identidad a lo largo del tiempo es práctica desde el punto de vista social porque, decía Minsky riendo, si prestas el libro a una persona esperas que sea esa misma persona quien te lo devuelva.

Pero además, recordaba, es muy útil desde el punto de vista evolutivo, porque si te propones hacer algo de largo alcance, esperas que ese yo no cambie demasiado deprisa, de lo contrario quizá nada llegaría a buen puerto. Conviene, escribió en *La sociedad de la mente*, que a las personas les resulte difícil desactivar ellas mismas a los agentes que desde su cerebro estarían a cargo del plan: «Si cambiáramos de idea en forma demasiado temeraria, podríamos no saber nunca qué cosa querremos a continuación. Jamás lograríamos realizar demasiado, porque no podríamos contar con nosotros mismos».

Aunque Minsky no lo dice, a lo mejor piensa también en las promesas, en el estar ahí de los humanos, en poder contar con alguien y que alguien pueda contar con quien, por ejemplo, le prometió apoyo en los días difíciles. Minsky escribe el Yo con mayúscula sin otra pretensión que distinguirlo del mero pronombre que habla, y designar en cambio eso un poco ambiguo, bastante embrollado, que ha sido llamado identidad personal. El Yo es útil como, imagino, para Ulises fue útil taparse los oídos y que su tripulación le atara impidiéndole acudir a la llamada de las sirenas. Es una de esas cadenas que nos forjamos para impedirnos desbaratar los planes que hacemos. Seguramente no es su única función, el tiempo dirá.

El pensamiento tiene propósitos muy variados y obedece a procesos que a menudo compiten entre sí. De ahí que a veces parezca, y a veces suceda, que nos inventamos los motivos. Si observas el cerebro de una persona cuando le has preguntado qué haría en una situación que exige un razonamiento moral, solo con mirar qué procesos emocionales se activan puedes predecir lo que decidirá segundos después. Esto significaría que la emoción decide y la razón justifica –por eso algunos lo llaman racionalizar– una decisión que no ha tomado. No es todo tan

simple. Porque las emociones se piensan y la razón hace trampas. Y porque, como de costumbre, se trata de experimentos con preguntas acotadas, que atañen no a los hechos sino a situaciones imaginarias, por ejemplo el clásico: tienes que elegir entre empujar a alguien para que le atropelle un tranvía y así salvar a cinco personas que serán arrolladas por el mismo tranvía si te lavas las manos y no haces nada, ¿qué harás? Y ahí está la contradicción, la posible insuficiencia del experimento: para garantizar su validez debes eliminar interferencias, pero no hay un instante en la vida diaria que no esté sometido a interferencias.

Por otro lado, a lo largo del tiempo es posible automatizar ciertos comportamientos morales; entonces no hay que explicar mediante el pensamiento por qué no mientes, ni atribuirlo a la razón o a la emoción, simplemente has logrado que mentir, como dice la expresión, no te quepa en la cabeza.

Nunca dejo de confiar en ese instante cuando sé que la emoción, o la respiración o los prejuicios, ya han rechazado lo que vas a decirme y, sin embargo, espero. Creo que podemos sobreponernos. Escucho tus argumentos; los escribo en la pizarra de este cielo color gris barco de guerra. Paso los dedos mentales por la tiza fabulada mientras le digo a la emoción: aguarda y, luego, rectifica, y, por fin, reconoce que sus argumentos están bien. Y asiento.

No vengo a hablar de un cierto fatalismo nacido de la ceremonia de la confusión. Al contrario: es útil conocer las rutas que sigue el pensamiento, cómo algunas se desvían y se quedan en las ramas, y otras vuelven, y otras no son más que envoltorios de celofán para decisiones muy poco racionales que ya estaban tomadas.

Algunas personas temen la música de las películas de terror. No entienden cómo es posible que otras disfruten cuando esa música se mete dentro y hace que la tensión sanguínea suba y el corazón se desboque como si la amenaza y el espanto estuvieran a punto de entrar en la casa. A otras personas, ese terror enorme y sin embargo limitado, incontrolable y sin embargo bajo control, las hace sentir vivas e incluso les parece que adquieren anticuerpos contra el terror realmente

inesperado del mundo. Casi toda la vida se nos va en esto, no en saber, ni en entender, sino en lograr imaginar que quien está a tu lado es verdaderamente distinto de ti, aunque también sea igual a ti.

1.3. Un don inopinado

El pensamiento metafórico y encarnado, la razón chapucera y los yoes fugitivos afectan de algún modo a la idea más generalizada de verdad. Me refiero a la idea de correspondencia entre la representación del entorno y el entorno representado. La correspondencia, el, digamos, ajuste, es importante porque si, por ejemplo, alguna zona del mapa no se corresponde con las calles de la ciudad, o con los caminos de la montaña, puedes perderte, y no lograr escapar de quien te persigue, o no llegar a tiempo para dar la bienvenida a alguien.

El pensamiento encarnado pone en duda que se puedan ajustar a la verdad frases como la silla es azul. Cézanne decía que el color es el sitio donde se encuentran el cerebro y el universo. Y como cada cerebro es diferente, el color cambia, aunque no por completo, pues el universo también hace su parte. Para explicarlo se acude a la distinción entre lo que es independiente de la mente encarnada y lo que no. Por ejemplo, un libro de papel no es un líquido y eso no depende de cómo lo percibas, en cambio el que la ilustración de su portada te parezca azul o verde ya es otro cantar. Lo que pasa es que no hay una lista: aquí las cosas que dependen de la mente, aquí las que no. Y si no hablamos de objetos, si hablamos de experiencias, de pensamientos sentidos, de sentimientos pensados, de temores y recuerdos, convicciones y arrebatos, y de la comunicación humana, me temo que las que dependen se disparan. «¿No te das cuenta –escribió Sergio Prim– de que si yo digo árbol me figuro un pino mediterráneo mientras que tú ves abetos? Yo digo tren y escuchas Talgo rojo, mas yo en verdad decía el antiguo expreso de Lusitania».

Aun así, los partidarios de la teoría de la correspondencia podrían sostener que en este momento, según los conocimientos adquiridos,

hemos aprendido que existe una correspondencia diferente de la que antes creíamos que existía entre el color que vemos y la materia que parece contenerlo. Y podrían afirmar: aunque sepamos ya que el color es una percepción construida por nuestro organismo de tal manera que otro organismo con otro sistema visual lo construiría de forma diferente, eso no nos hace dejar de usar palabras como rojo o blanco, y esas palabras nos sirven para entendernos. Pueden decir, sí, que es complicado, pero que no por eso hay que descreer de la verdad como sistema mediante el cual saber a qué atenerse en nuestras representaciones del mundo.

No en todas las representaciones, claro. Hay muchos enunciados que no son veritativos, que no pretenden ni necesitan ser falsos o verdaderos. Las preguntas, por ejemplo, «¿Qué día es hoy?», o las peticiones, «Pásame la sal», o las interjecciones, «¡Uf!», o, como contaba Mosterín, intercambios del tipo: «¿Qué tal? Pues, ya ves. ¿Y cómo van las cosas? Pues vamos tirando».

Tampoco la ficción es veritativa, no declara esto es así, no quiere ser verdadera ni falsa. La ficción se presenta en el contexto de alguien que te predispone a imaginar. La profesora María José Alcaraz comenta que si en una noticia de periódico aparece algo que es falso, no por eso se considera que la noticia sea ficción. Las cosas que se predican de los personajes no equivalen a las cosas que se predican de las personas. No actúan directamente sobre el mundo, no son, en palabras del crítico Jesús G. Maestro, operatorias. Los personajes que matan no matan, los personajes que lloran no mojan tu abrigo con sus lágrimas.

De modo semejante, la poesía puede predicar de un mes, de un número, de una mirada, cualidades que no se aplicarían en principio a esos conceptos: «Abril es el mes más cruel» no quiere ser verdadero ni falso. La ficción propone sistemas de relaciones entre sus elementos y de sus elementos con el resto del mundo: los personajes, sus caracteres, las descripciones del mundo interno y externo, los actos cometidos y los que se quedan en el tintero, las causas, las consecuencias se rigen por leyes y por excepciones y, al representárnoslas, es como si el entendimiento y la experiencia pudieran moverse en el trapecio con

red.

Los enunciados que sí quieren ser verdaderos, fracasan cuando no lo son. Sin embargo, no siempre es fácil saber cuándo fracasan y cuándo aciertan. Amo la lógica, aún me parece válido casi siempre el principio de no contradicción, no vengo a hablar de tu verdad o de mi verdad, sé que hay hechos incontestables. Pero son menos de los que desearíamos.

Quise pensar que teníamos ideas diferentes, pero un mismo dispositivo para procesarlas y llegar a acuerdos. Ese mecanismo era el sentido común. Pasa el tiempo, mediante la ciencia y la observación constatamos que hay varios dispositivos y multitud de procesos que atañen a la manera de interpretar y razonar de cada persona, y que hay aún mayor diferencia con los que, a su vez, constituyen a otras personas. Las metáforas son parecidas pero no son idénticas, ni lo es el valor que se asigna a cada cosa.

En realidad, me digo, quizá no hay demasiadas ocasiones en la vida en las que sea necesario entenderse por completo. Llegamos a un ten con ten. Lo que entiendes cuando hablo no es exactamente lo que yo imagino cuando lo digo, y cuando hablas lo que entiendo no es exactamente lo que tú estás imaginando.

Escribió Agustín García Calvo: «Te lo estoy diciendo AHORA, y cuando digo AHORA, ya no es AHORA. Eso es verdadero pero, en otro orden de cosas, podemos decir «No te preocupes que ahora viene», o «Ahora tengo frío», poniendo entre paréntesis que cuando lo decimos ya no es ahora.

Entenderse es como andar entre terraplenes y barrancos con poco desnivel, no vas a morir pero el significado puede caer varias veces y regresar un poco magullado. Nos podemos entender mejor con respecto a lo concreto o a lo completamente abstracto. En cambio, cuando hay experiencias e ideas en juego, a veces no actuamos por el entendimiento. Atendemos, en su lugar, a un trasfondo de representaciones y extrañas melodías que pueden impedirnos escuchar lo que no armoniza con el sonido de ese trasfondo cuya presencia, a menudo, ni siquiera advertimos.

A veces a ti te parece mal algo y a mí me parece bien. Si nos

ponemos a indagar, puede llegar a ocurrir que el motivo por el que a ti te parece mal sea precisamente el motivo por el que a mí no me lo parece. Dos personas discuten sobre una acción que deberíamos, o no, hacer: es la misma acción, pero una persona que tiene capacidad para saltar metro y medio ni se preocupa cuando tiene que saltar un poco más de medio, ni siquiera le parece un salto. Mientras que sí se lo parece y le preocupa a quien por su constitución nunca ha conseguido saltar esa distancia. Los metros se ven, la altura y la agilidad de la persona se ven. En cambio, dentro del cerebro hay metros y alturas y agilidades que no vemos.

Podríamos intentar explicarnos. Sentarnos a hablar, como decía el título irónico de ese singular libro de poemas: *Tenemos que hablar*. Porque la mayoría de las veces cuando las personas «tienen que hablar» es fácil que salten chispas. Arde entonces aquella zona por la que ambas navegaban de puntillas, en la que no se entendían del todo pero llegaban a acuerdos sin despertar a nadie. Y algo se viene abajo, quizá porque lo que no comprendían les importaba menos de lo que pensaban, y lo que comprenden ahora les llega troceado, pero parece que está entero y que exige una conclusión.

Y si no son dos personas, y si es un grupo, y si es una asamblea, y si es una comisión legislativa, y si es la reunión de dos países enemigos… Cuentan que cuando Mandela estuvo en la cárcel aprendió el idioma de quienes le habían encerrado. Luego, cuando salió y tuvo que llegar a acuerdos con sus adversarios, conocía su idioma y eso facilitó las cosas.

Aprender un idioma es un poco como aprender un sentido común. Pero si la situación de poder es muy desigual, si tú no puedes nada o casi nada, y yo lo puedo todo o casi todo, entonces también será difícil que nos entendamos, aunque hayamos aprendido nuestros sentidos comunes. Porque estar encarnado en un cuerpo también es estarlo en una posición, y a menudo en una posesión, o en varias, o en ninguna. Por eso hablar de que la humanidad se entienda sin hablar, también de acortar la desigualdad hiriente en las condiciones de vida, es contradictorio.

Hay quien dice que los fines no justifican los medios, y quien

responde que los medios se vuelven terribles cuando se olvidan de los fines, hasta el punto de que alguien puede llegar a pensar que está torturando bien. Parece que las dos ideas son equivalentes; sin embargo, también son muy distintas, y es que, casi siempre, la dirección de un enunciado, hacia dónde va, qué quiere, tiene que ver con los propósitos de quien lo dice. Una vez oí expresar esta idea de un modo quizá menos preciso pero más evocador: «El contexto es la semántica del mundo».

Vuelvo al sentido común, a esa mezcla de distintas representaciones que se atienen a reglas diferentes. Recuerda, es mucho más fácil enseñar a una máquina a jugar al ajedrez que conseguir que entienda no la gran metafísica, sino algo tan sencillo como que puedes usar una cuerda para arrastrar un objeto pero no para empujarlo. Necesitas varios sistemas de representación para entender eso, y un conjunto de reglas mayor. Piensa ahora en cómo el tiempo toca con su ala el sentido común y a veces lo cambia. Escuchas en la red hablar a una persona inteligente, alguien a quien respetas, que te ha enseñado mucho, alguien que murió hace veinticinco años. Y le oyes decir cosas que te sonrojan, porque en estos veinticinco años ha aumentado la sensibilidad hacia ciertas cuestiones, y no se pueden despachar como quien golpea una pelota con el pie. Piensas que tenéis el mismo sentido común para interpretar el valor de casi todo, y para poner en pie representaciones de casi todo, pero no de todo, pues la época en que se nace y se vive también tiene su propio sentido común.

Así vamos, amiga persona, aprendiendo. Conocer más o menos el funcionamiento de las cosas permite mejorar los juicios, las reacciones, comprender sin que ello implique consentir con lo que hace daño. A veces nos equivocamos. Pero volvemos a intentar hacer las cosas bien. No sé si la terquedad está inscrita en todos o en la mayor parte de los sentidos comunes que nos constituyen. Sé que cuando algo interfiere en el propósito de hacer algo bien y se va al traste, a menudo volvemos a empezar.

Durante mucho tiempo me costaba entender la idea según la cual lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia. Seguramente

tampoco quería entenderla porque me preocupaba que entonces empezásemos a incurrir en la enorme estupidez de justificar las relaciones que hacen daño, en las que se aplasta a otra persona con el atroz pretexto del amor. He llegado a la conclusión de que ha de ser posible comprender esa frase sin justificar un átomo de maltrato. Decir que lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia, no significa decir que el odio es como el amor; lo que se dice es que el odio puede compartir algunos rasgos, pocos, vinculados a la atención, con el amor.

Y es extraño que te hable de amor. Cuesta usar una palabra tan explotada. Despójala, si puedes, de mil vanas retóricas. Su uso no vale solo para las relaciones a veces neuróticas, a veces valiosas o ambas cosas, ya sea entre dos que se acompañan a lo largo de la vida o entre dos que se descubren con pasión y se buscan en un tiempo concreto. Amor es, en general, el modo que tenemos de acercarnos a otros sentidos comunes. Es un prodigio, un don inopinado: la capacidad de salir de la propia piel, del cerebro propio, de las propias historias para ir hacia las otras, para encontrar esas irregularidades distintas a las nuestras aunque se les parezcan. Y saber, entonces, que es ahí donde se vive, en las intersecciones, nunca solo dentro.

Nos gustan los personajes malos?

2.1. La fiesta

«Escucha en las noches cómo se rasga la seda / y cae sin ruido la taza del té al suelo, como una magia». Los versos pertenecen a un poema de Leopoldo María Panero. Escucha la maldad, algunas de las cuestiones que se agrupan en nuestra imaginación en la gran nave donde ha sido convocada la fiesta de eso que llaman maldad. No la fiesta de las venganzas, sino la de quienes cometen los actos que se desean vengar luego. Y no es una fiesta de personas reales, sino de personajes imaginarios. Esos que proliferan en las historias y con su imán convocan a las audiencias en sus soledades.

Escucho en las noches cómo se rasga la seda, pregunto para comprender por qué en las representaciones gustan, en general, los malos, y empalagan, en general, los buenos. No es solo que guste el conflicto, hay algo en la maldad y en la equivocación temeraria sobre hombros ajenos que, al parecer, atrae.

Me desplazo por la nave donde bailan los malos y me quedo en un círculo no muy grande. Distingo a personajes de dos series medianas, no especialmente magníficas ni famosas. Las series que no pretenden ser obras maestras son más claras, no ocultan sus mecanismos. Observo en ellas cómo me afectan y lo que hacen con mi atención.

Te presento, por si no los conoces, a los protagonistas de la primera serie, destinada, dicen, a adolescentes, muy chapucera a ratos, previsible, un poco tontorrona y fascinante, *Cobra Kai*. La serie toma los

personajes de *Karate Kid*, la película, y les coloca treinta y cuatro años después; aquellos chicos rondan ahora la cincuentena. Ahí está el bueno, Daniel LaRusso, campeón de kárate en su juventud sin hacer trampas, hombre equilibrado, con levísimos deslices en su vida diaria, que lleva su negocio de forma honrada y disfruta de una próspera situación económica. La serie, como suele suceder, no se ocupa de sus relaciones empresariales con sus trabajadores ni con sus competidores más allá de cuestiones meramente psicológicas. Cuando era adolescente Daniel LaRusso tuvo un buen maestro, el señor Miyagi, quien le enseñó tanto la técnica como la filosofía de un arte marcial que prefiere la defensa al ataque, que busca el bien y no solo la victoria.

Y ahí están los dos malos: digamos, un malvado y un desastre. El desastre es Johnny Lawrence, quien durante su juventud perdió el campeonato de kárate frente a Daniel LaRusso, y tiene la costumbre de ir por la vida a salto de mata, huyendo y tropezándose con su sombra aunque nadie le persiga. El malvado es John Kreese, antiguo maestro de Johnny, a quien solo le importa la victoria a cualquier precio. En aquel campeonato incitó, de algún modo exigió, que Johnny peleara sucio, hiciera trampa. El maestro de LaRusso, Mr. Miyagi, ha muerto. Pero Kreese está vivo y los tres se encuentran de nuevo enseñando kárate a otra generación de adolescentes.

Los tres tienen sus motivos. Los del bueno de LaRusso parece que no hay que explicarlos, respetar al enemigo, no usar el kárate para atacar, no jugar sucio. Los del malvado John Kreese son una mezcla entre el deseo incontrolado de ganar y la idea de que, para sobrevivir, hay que machacar al contrario y así, supuestamente, evitar que pueda hacerte daño otra vez. John Kreese estuvo en la guerra; aquella experiencia habría causado su necesidad de ser implacable.

El desastre, Johnny Lawrence, al principio sigue admirando la determinación de Kreese, pero después concluye que ese camino solo lleva a la destrucción. Intenta ser bueno, monta su propia escuela. Sin embargo, no se libra de la tendencia a tirarlo todo por la borda, quizá porque tuvo una infancia difícil, sin padre conocido, con un padrastro rico y déspota. Johnny ha perdido su trabajo, está divorciado, es

constante a veces pero no siempre; es justo a veces, pero no siempre; choca a menudo consigo mismo, es olvidadizo, irresponsable, improvisa, es capaz de golpear no para ganar, como Kreese, no para ser el mejor en el campeonato y en el comportamiento, como LaRusso: golpea cuando hay que golpear porque ya está bien.

¿Bailarías con el bueno, con el desastre o con el malvado? Veamos, Dani LaRusso tiene un cuerpo, una gestualidad y un rostro normalitos. John Kreese es de otra generación, ronda los setenta años. Johnny Lawrence fue un rubio estereotipado y conserva algo del atractivo de su juventud. Las afinidades tienen diversos anclajes y quizá si se cambiaran los actores las afinidades cambiarían. Pero hago abstracción de este hecho, no pienso en un baile para la seducción, sino para compartir un espacio de tiempo. Me pregunto por quienes, como yo, observamos no sin cierta desazón nuestra preferencia por Johnny, el irresponsable, el olvidadizo, el que se contradice y el que, aun así, es capaz de golpear cuando hay que golpear.

Algunas causas posibles

a) Nos identificamos con su imperfección y a la vez rechazamos la perfección de LaRusso, por aburrida y por repelente. Y eso, a pesar de que los valores de LaRusso coinciden más o menos con los nuestros: ¿cómo no admirar a su maestro, cómo no querer pelear a la vez limpiamente y con el estilo más poderoso? Creo que consideramos repelente esa perfección porque en el caso de LaRusso implica, además, algo o mucho de buena suerte y no queremos que, desde esa tarima de pacotilla, nos echen en cara nuestra imperfección.

Según hemos comprobado, muchas personas a quienes les va bien y que, también por ese motivo, pueden permitirse ir de buenas, lo cual es distinto de ser buenas, suelen olvidar su parte de suerte. No tienen demasiada, a veces ninguna, capacidad para ponerse en el lugar de quienes se extraviaron a menudo, de quienes no tuvieron un punto y aparte desde el cual empezar a hacer las cosas bien, sino que debieron

seguir arrastrando lo destruido.

Me pregunto entonces si la idea de que los personajes malos gustan es del todo exacta. A lo mejor lo que pasa es que no nos gustan ciertos buenos que los relatos suelen contraponer a los malos; esos buenos generan desconfianza porque, al no ser capaces de imaginar a otros que no sean ellos mismos, quizá no son tan buenos.

b) No somos tan, tan desastres como Johnny. Precisamente por eso nos calma mirar a alguien que no se estresa todo el tiempo para tener el control sobre las cosas, y lo pierde pero sobrevive, y hasta pasa momentos estupendos. Nos tranquiliza ver que se puede meter la pata sin que sea una catástrofe irreversible. Johnny sigue viviendo, ríe, incluso logra rectificar el daño que, sin querer, inflige a otras personas. Nos gusta ver que, aun siendo desastre, es posible mantener la brújula de lo que casi nunca hay que hacer.

c) La serie distingue entre el malvado Kreese y el gamberro, desastre o malo a ratos, Johnny. Cuando en un relato solo hay un malvado y un bueno de pacotilla, podemos preferir al malvado por su inteligencia, dado que a los personajes buenos en los relatos se les suele atribuir, sin explicar el motivo, menos inteligencia que a los malos. Además, estos personajes tienden a confundir bondad con obediencia y docilidad, lo cual complica el asunto pues, como lo injusto abunda, el dócil y obediente tiende a serlo también con la injusticia, lo que viene a ser una variedad de la maldad. El malvado puro, en cambio, al menos cuenta con la posibilidad de enfrentarse a lo que sea, incluido lo injusto u otro malvado.

Hablo de personajes. Y he de insistir. El hijo pródigo de la parábola evangélica también es un personaje. Los personajes pasan fugaces, se acercan con audacia, como esos gorriones que llegan a nuestra mesa al aire libre, pero en un instante levantan el vuelo y ya no les vemos. En la vida, salvo quizá en la adolescencia, pocas personas preferirían que la acción del malvado recayera sobre ellas, y es que parece lógico preferir no perder, y menos aún perder con trampas del contrario, y parece lógico preferir evitar el daño.

d) Queremos defendernos y queremos atacar. Disponemos de un

mecanismo llamado agresividad, nos gusta imaginar que lo usaremos en el momento adecuado. John Kreese, el malvado, lo usa pero no lo dirige bien, por eso es malvado. Dani LaRusso lo controla tanto por temor a usarlo mal que se reprime también en esos momentos en que parece claro que tendría que atacar. Compartimos con Johnny Lawrence una aspiración: saber que de vez en cuando hay que romper las reglas, llegar a reconocer ese momento y, entonces, actuar en consecuencia.

Aunque tal vez no sea la mejor actitud, la verdad es que no quiero tener a mi lado un emulador del monje que medita y ve pasar la realidad sin que le turbe, y no comete errores porque no se la juega y, por temor a romper algo, no actúa nunca para impedir que otros rompan quizá no algo, sino a alguien. Tampoco quiero tener a mi lado a un matón cuyo único principio es prevalecer sobre los demás, imponerse a ellos. Prefiero a quien lucha por dominar sus impulsos pero que, a veces, prefiere golpear en lugar de permitir que la injusticia que ha visto siga eternamente esperando una respuesta.

No olvido lo que el filósofo Günther Anders llamaba el desnivel prometeico, la distancia que hoy existe entre la acción insignificante y el efecto desmesurado que esa acción –pongamos, apretar un botón–, por mor de las herramientas técnicas alcanzadas, puede provocar. De modo que cuando hablo de dejar de controlar los impulsos no me refiero a quien se entrega a su avaricia y con una sola decisión contamina el agua de un país u ordena lanzar una bomba atómica. La serie *Cobra Kai* trata de patadas y puñetazos. Trata de una distancia más o menos cercana entre la acción y su consecuencia, y me refiero a un radio de acción parecido, o incluso un poco más amplio.

Ahora debería venir la conclusión, o una especie de baremo, pero, ¿sabes?, allí donde miro todo el mundo me ofrece baremos. Por ejemplo, en el libro *Dignos de ser humanos*, de Rutger Bregman, leo que el *Homo neardentalhensis* se extinguió porque no tenía la capacidad del *homo sapiens* para el aprendizaje social. Practicaron pruebas sencillas de inteligencia a chimpancés, orangutanes y niños (he de imaginar que Bregman habla de masculino genérico en los tres casos), y aquello en lo

que destacaron las criaturas humanas no fue el cálculo, ni la inteligencia espacial ni la causalidad, sino el aprendizaje social. Parece ser que la agresividad y la violencia no favorecen este aprendizaje social. Bien por la placidez, entonces. Pero nunca es tan fácil. Nunca hay un solo hilo del que tirar.

2.2. Severidad

Mira, ahí están bailando los personajes de la serie surcoreana *Tribunal de menores*. Trata de las andanzas de una jueza muy dura en el tribunal de menores a donde ha sido destinada. No es, tampoco, lo que se entiende hoy por una gran serie. Pero es también más transparente y menos pretenciosa que las grandes. Se cubre menos las espaldas. Fíjate en la jueza de menores Shim Eun-seok, es severa y concienzuda. Dos adjetivos, en este tiempo, poco compatibles con que un personaje resulte atractivo. Aunque ¿la atracción es algo bueno en cualquier caso? ¿Preferimos que nos atraigan, nos pesquen, nos atrapen, o acercarnos libremente? Shim Eun-seok tiene sus razones para ser severa y concienzuda. Y en su trabajo ha decidido ponerse de parte de las víctimas.

Todos los relatos se ponen de parte de alguien. Para descubrir de quién no suelen hacer falta hipótesis profundas; un cronómetro basta. Calculemos el tiempo dedicado a cada personaje. El relato que mira casi todo el tiempo a un simpático ladrón de joyas tomará partido por él. No así el que le mira unos minutos y luego se demora en la vida de la frutera que se arruinó porque el ladrón de joyas, cuando huía, golpeó su puesto con el coche y echó a perder la mercancía. Nadie indemnizó a la frutera, tuvo que pedir un préstamo; como, además, le ocurrieron un par de imprevistos, no lo pudo devolver y perdió la casa que aún estaba pagando.

La jueza Shim Eun-seok dedica más tiempo a escuchar a las víctimas del que dedican otros jueces. Tiene, sí, sus razones. Me gusta esa jueza aunque la mayor parte del tiempo sea un poco insoportable. ¿Cuándo

hay que ser severo? ¿Cuándo hay que ser comprensivo? No me gusta que la serie atribuya casi todos los problemas de quienes delinquen a las familias desestructuradas, como si una familia existiera al margen del mundo en el que está.

Ahora bien, a veces una serie puede contar dos cosas contradictorias. La dinámica de cada episodio insiste, en efecto, y a mi modo de ver en demasía, en la desestructuración familiar. Pero luego, en el último episodio, la jueza habla así: «Dicen que hace falta un pueblo entero para criar a un niño. En otras palabras, podría destrozarse su vida si el pueblo entero abandona al niño». Eso me gusta; eso, todavía, me hace temblar.

También me gusta que la jueza sea muy distinta de Johnny Lawrence y no obstante, aun con su carácter duro, severo, me caiga bien. Me gusta que intente controlarlo todo y que no pueda, pero no deje de intentarlo. O cómo doma su furia cuando habla, cómo puntúa las frases. Se detiene un momento después de cada punto y seguido para no perder la precisión en la frase siguiente. Me gusta que pueda aprender, que aprenda y que, sin embargo, al mismo tiempo, no cambie.

2.3. El drama

He dejado de lado los otros grupos de la fiesta, hay muchos animados por historias de morbo, conflicto, melodrama, todo eso que hace que nos desinteresemos pronto de una conversación donde alguien cuenta que le va bien, y prestemos atención cuando aparece algún drama amoroso o un enfado o algo horrible que ha sucedido. Tememos que nos pase y queremos protegernos imaginándolo, sentimos compasión por la persona afectada, los conflictos interesan porque obligan a pensar y, además, el morbo funciona.

El dramaturgo David Mamet dijo del drama que «ejercita, halaga y documenta nuestro mecanismo de supervivencia». Tiene algo de razón, pues casi resulta imposible no aprender con una historia. En cuanto a

las de personajes desastres, hay momentos en los que los relatos son, sobre todo, vidas que tenemos para gastar sin muerte, con consecuencias ligadas a la razón y la imaginación, pero no, directamente, a un tiempo que se va. Johnny Lawrence se pega varios tiros metafóricos en el pie. Su destino, sin embargo, no es nuestro destino ni el de nadie cercano. La jueza Shim Eun-seok no cambia y, aunque imagino que si cambiara su vida sería más llevadera para ella, quiero que siga así. Sé que si te disparas cinco veces en el pie puedes quedarte sin él. Y que la severidad quema, consume. No es la intriga por el resultado final lo que me mueve. Quiero que cada cosa pase, ver cómo pasa exactamente, porque una vida solo puede destruirse una vez, pero cada personaje destruye, o quizá repara, la suya a su manera.

Los personajes apuestan todo a unos cuantos rasgos. Los humanos terminan siendo un poco severos y un poco desastres y un poco buenos. Van poniendo parches. Saben que en cualquier momento lo recosido puede venirse abajo. No siempre la suma de parches se sujeta. Un buen día se rompe lo mayor. Para evitar grandes roturas frenan, se contienen, yerran y rectifican, corren riesgos pero no demasiados. Ah, pero cómo anhelan apostar y la imprudencia.

A lo mejor en los relatos no nos gustan los personajes malos por malos, sino porque perseveran en ser del todo lo que piensan que son. La vida de cualquiera consiste en estar un poco en todas partes haciendo lo que se puede. En cambio, el personaje persevera en un único camino, en un único modo de ser, y porque es único, poco moldeable, puede ser perjudicial para él y para el resto. Así es como se convierte en personaje nítido, memorable a su manera, incluso cuando es malvado y trágico y recibe un castigo final.

Oh, sí, se castiga a los malos al final. Sin embargo, entre tanto ¿qué fue de las fruteras arruinadas o tal vez muertas a su paso, por qué el relato nunca les dedicó suficiente tiempo? No importa, respondemos, al fin y al cabo son solo relatos. Y elegimos al gran personaje unívoco. Tal vez es una limitación de la narrativa. O de quienes a menudo acudimos a la narrativa en busca de una salida de emergencia.

Olvidamos al que se ocupa de mil cosas, todas menores, todas

importantes. Ahí va, cosiéndose los rotos cada día para evitar que sus desmanes dañen o que sus posibles análisis torpes e interesados de la realidad obnubilen su juicio y posterior comportamiento. En la vida, lo preferimos. En la vida queremos su constancia, la admiramos, la necesitamos. En los relatos, en cambio, con frecuencia elegimos a los muy malos porque al otro lado suelen estar los excesivamente buenos; y estos últimos nos generan desconfianza, tememos su reproche y, además, dudamos de que pueda haber alguien que no esté un poco roto o muy roto, que no tenga despeñaderos, hendiduras.

¿No habrá un camino de en medio? Me digo entonces que quizá por eso hacen falta los personajes desastres o los que se complican la existencia porque no pueden hacer otra cosa. No son esos malvados prepotentes, inteligentes en apariencia y dañinos en la práctica. Son los malosbuenos, los que no golpean a los débiles pero son tan capaces de golpear que a veces lo hacen contra su propia vida, sin que ello impida que otras veces golpeen contra lo injusto, porque ya está bien. Miro a Johnny Lawrence y a la jueza Shim Eun-seok. Sé que en algún momento volverán a sacar fuerzas de algo y para algo que no sea solo suyo, y yo estaré con ellos.

3. Torrente sanguíneo

3.1. Jugar por jugar

¿Se puede hablar siendo consciente de la gramática mientras se habla? Por lo general, no. ¿Y se puede vivir siendo consciente de la gramática de la vida humana? En eso andamos, a ratos, en el momento en que vamos por la calle, después de una llamada telefónica, cuando llueve y llueve, y cuando ya casi nunca llueve, y el pensamiento, sin que apenas lo notemos, nos lleva a la palabra que no dijimos, a las palmeras de chocolate que vimos al pasar por la panadería, a cómo te espero aunque no vengas, y a cómo a veces, amiga persona, no sé quién soy.

Empecemos un poco antes. En un conocido experimento se obliga a una cobaya a dar vueltas en su rueda y se mide lo que sabemos que se puede medir del estrés. Los datos son claros: aumenta. Pero si se le deja la rueda para que la use cuando quiera, puede pasar el mismo tiempo dando vueltas sin estresarse. Es un descubrimiento previsible y parece fácil trasladarlo a los humanos: no me digas lo que tengo que hacer, deja que lo haga por mi propia voluntad y lo haré más a gusto.

Ahora bien, ¿qué pasa si la cobaya se entera del experimento? Por ejemplo, el ejercicio físico, es sabido, ayuda a reducir el estrés. Pero una vez que se conoce el mecanismo de la rata en la rueda y también se conocen los beneficios del ejercicio, aunque nadie lo imponga, ¿puede la propia conciencia de que hacer ejercicio es conveniente para reducir el estrés convertirse en un motivo de estrés, puesto que no solo tienes

que hacerlo, sino que además sabes que tener que hacerlo es perjudicial? Una vez oí a un neurólogo preguntarse esto en voz alta. Decidió buscar el tipo de ejercicio que le gustara lo suficiente como para olvidar que lo hacía por obligación. Pero, contaba, algo se había encendido en su cabeza y era difícil dejar de verlo.

Lo mismo se puede aplicar a las recientes investigaciones sobre el juego en la infancia. Al parecer es más beneficioso para el desarrollo del cerebro jugar porque sí, jugar sin más, que cualquiera de las múltiples y supuestamente estimulantes actividad extraescolares. Entonces ¿habrá progenitores que se preocupen cuando sus criaturas elijan leer o ver una película o, si quieren –y pueden pagarlas–, apuntarse a una actividad en lugar de jugar? Otros acaso reclamen actividades extraescolares que consistan en jugar por jugar. ¿Eso es posible? El juego impuesto, el que busca, aunque sea de manera implícita, soterrada, una especie de rentabilidad, deja, se diría, de ser lo que era para convertirse en otra inversión.

No me entiendas mal, me gusta el conocimiento. En aquel viejo debate sobre si comprender la química del olor de las lilas impide apreciarlo veo claro que no, ni lo impide ni priva de la sacudida ante el recuerdo que despierta. El problema no es conocer, sino que de ese conocimiento deba seguirse un beneficio y, además, un beneficio individual que puede acabar perjudicando a otros individuos. El problema es la carrera, la impresión creada de que otros te lo quitarán si no llegas primero, si no gestionas el estrés mejor que ellos o si hay criaturas mejor preparadas que las propias.

3.2. Experiencia o recuerdo

El yo que vive las cosas no es el mismo que el yo que las recuerda y narra. Ha habido bastantes indagaciones al respecto. Te cuento dos.

Mihály Csíkszentmihályi investigó sobre el bienestar subjetivo haciendo cosas como llamar a las personas en distintos momentos del día y pedirles que anotaran el agrado o desagrado de ese momento.

Luego les daba un cuestionario para que evaluasen el día en su conjunto en función de los recuerdos. Y, en efecto, el yo que vivía en cada momento decía cosas distintas al yo que recordaba. Por ejemplo, las mañanas de domingo a menudo se vivían con tensión por el riesgo de aburrimiento y angustia, pero se recordaban como algo no desagradable; en cambio, no se recordaba apenas el tiempo de desplazamiento al trabajo, vivido, sin embargo, como uno de los peores momentos del día.

Daniel Kahneman aborda la cuestión desde otro lado con la llamada regla del pico final. Elijo solo un experimento, aunque hay varios: la «opresión fría», realizado junto con Barbara L. Fredrickson, Charles A. Schreiber y Donald A. Redelmeier. Se dice al sujeto que va a hacer tres pruebas. Primero se le pide que meta su mano en un cubo de agua bastante fría, catorce grados, durante un minuto. No es agradable, los dedos se entumecen, al final la mano duele. Después se repite la inmersión de la mano pero durante minuto y medio y, en los últimos treinta segundos añadidos, se aumenta la temperatura del agua poco a poco hasta que sube un grado. Es solo un grado, sin embargo la mano lo percibe y el dolor es menor. Por último se le pide que, para la supuesta tercera prueba, elija una de las dos anteriores. Parece lógico pensar que preferirá la primera, porque es más corta y contiene menos dolor. Pero como el yo que experimenta es distinto del yo que recuerda, la mayoría elige lo segundo, pues recuerda la sensación de alivio cuando el agua se iba calentando una pizca.

La pregunta que se hace Kahneman es bastante turbadora: ¿a qué yo hay que dar preferencia, al que recuerda lo vivido o al que lo vive? Si hubiera que elegir causar menos tiempo de dolor que será sin embargo peor recordado, o causar más tiempo de dolor pero con un pico final más suave, lo que hará que sea mejor recordado, ¿qué elegirías?

A lo mejor me respondes que no siempre se puede elegir. Y asentiré entonces, y tendremos en cuenta que colaborar en un experimento es voluntario; en cambio, en la vida casi todo lo punzante sucede sin que te pregunten. Distinguir entre sesenta y noventa segundos no es lo mismo que distinguir entre dos penas grandes, y tampoco se conoce

bien la relación entre el minuto en agua gélida de una mano y la verdadera opresión fría, la de las situaciones duraderas. ¿Cuánto tiempo es necesario para que el pico final de una jornada absurda de trabajo repetida cada día se recuerde como menos malo: un tercio del final de esa jornada? Y ¿es lo mismo elegir en un espacio controlado y protegido que hacerlo cuando llegan los embates, por ejemplo, en forma del sufrimiento de personas amadas? Aprender de los experimentos es también considerar que al cambiarlos de contexto su sentido cambia.

3.3. El nido en el árbol

A veces se usa la imagen del nido para designar un espacio donde las variables del experimento están bajo control y no intervienen factores externos. Controlar un experimento significa ocuparse de hacer desaparecer las diferencias, que casi todo sea idéntico excepto aquello que se quiere observar. Es decir, minimizar los efectos de otras variables distintas de la variable investigada. Lo ideal es que todas las variables estén controladas. Sin embargo, no hay quien sepa qué trae cada persona en su cabeza antes de la opresión fría.

Hemos ido avanzando a tientas, para la mayoría de las personas los medicamentos funcionan aunque para algunas no, y entonces ocurre eso de nombre tan bello y consecuencias preocupantes: el efecto paradójico, el medicamento produce el efecto contrario al buscado, como cuando una persona toma café por la noche y, en lugar de espabilarse, tiene más sueño del que tenía. Algunas de estas reacciones pueden ser muy peligrosas: fármacos que deberían aliviar el estrechamiento de las vías respiratorias, a veces lo aumentan e impiden respirar. O un calmante no calma el dolor agudo, sino que lo exacerba.

No es lo habitual pero tampoco es extraordinariamente extraño, puede afectar a once personas de cada cien. Nos habla de las diferencias, nos recuerda que entre la causa y el efecto hay a menudo pasos que aún desconocemos, o eso que hoy llamamos sistemas caó-

ticos. En la célula, en el aire, en el cerebro tienen lugar desviaciones infinitesimales pero que conducen a que hoy no pueda saberse dónde ni cuándo sucederá el cambio de dirección.

Desde la ciencia aplicada se prefiere, y a veces se necesita, no ser del todo exigente, porque se avanza a tientas y el dolor que sí se calma, el de las ochenta y nueve personas para las que el medicamento sí funciona, importa. Pero hay otro lugar que no es la ciencia, sino la vida diaria, la que apenas dura, la que el indio Crowfoot describió como el aliento de un búfalo en invierno. Allí las once personas paradójicas tienen nombre.

No creas que voy a sumirme en la perplejidad. A través de la confusión hablamos siempre. Pero hay quien parece complacerse en su perplejidad, como si en vez de atravesarla quisiera quedarse en ella. La perplejidad no tiene por qué implicar una renuncia a buscar la precisión. La perplejidad y el desconcierto son el aire que respiramos. Escribir es tratar de despejarlos, al menos un poco.

Vuelvo al título de este epígrafe, el nido está en el árbol. El nido del experimento y el nuestro. No hay manera de amar los rasgos de nadie exentos, sin contacto con el mundo y acaso con nuestras manos; amar cómo se comportan esos rasgos cuando se cruzan con las cartas concretas que caen en cada biografía; admirar lo que no se hizo con los rasgos desfavorables, y lo que, con los favorables, no se dejó de hacer. Solo a eso, a lo que sucede en una vida única y distinta, llamamos valor, o alegría o generosidad. Y entonces, siempre, recordar las palabras del historiador Josep Fontana referidas al empeño en transformar las reglas injustas: «Lo único que no es lícito es resignarse».

Hay demasiados hechos erizados. Se trata de reducirlos, hacer que no caigan de golpe sobre las vidas, sino que, en la medida de lo posible, se depositen con la suavidad del ala desprendida de la semilla, y podamos otorgar capacidad de protección. Me dirás que el mundo se está viniendo abajo, ¿de qué puede servir hoy un querer tan difícil de aplicar?

Pero, entonces, ¿es mejor no quererlo?

Dime ahora quién se ocupa de la relevancia de los experimentos, de

la importancia de lo que miden. Y deja que te cuente el último. Uno que explica cómo se hace pedazos la vida futura de millones de personas y muestra que eso podría cambiar. En este caso las causas están a la vista, pero el rigor nunca sobra y con rigor se ha establecido que las hormonas ligadas al estrés cuando se segregan en abundancia durante los primeros cinco años de vida pueden frenar el desarrollo de la corteza frontal del cerebro.

Los hogares en los que se carece de medios para sobrevivir y para vivir en condiciones aceptables –aunque el término no es preciso, es posible entenderse en torno a él– someten a un estrés constante a todos sus miembros, incluidas las criaturas menores de cinco años cuyo cerebro está en una etapa crítica para la formación. Millones de personas. Un nivel socioeconómico bajo, un aumento significativo y medible, y medido, de glucocorticoides en el torrente sanguíneo y una corteza frontal más delgada, que es como decir una herramienta endeble, averiada, con que sostener las decisiones que ayudan a llevar a buen término proyectos difíciles.

Aunque la razón lo sabe, la capacidad de acción no la acompaña. Las criaturas humanas menores de cinco años no pueden marchar como un ejército interminable para cambiarlo todo. Sus familias están en la batalla de sobrevivir ellas mismas y de este modo dar alimento y techo y atención médica y educación. Ah, pero «hace falta un pueblo entero para criar a un niño»: la capacidad de acción atañe a la sociedad entera, a lo que considera importante y lo que no y a la puesta en práctica de las medidas necesarias. Y el conocimiento no está desligado de la acción.

Cuando la acción elaborada con el conocimiento busca vender productos seguramente redundantes sin que apenas se reflexione al comprarlos, hay caminos que dislocan y otros que no se ven. El tiempo pasará y vendrán a decirnos: pudisteis conocer y actuar para otros fines, y no lo hicisteis. Y quizá nos miren a la cara y nos pregunten por qué no lo hicimos.

4. El huracán

4.1. Rencor y fortuna

La razón del título de este epígrafe está en una discusión entre una mujer que rondaba los cuarenta, pongamos María, y Ringo, de treinta y pocos. Ringo era un tipo irónico, divertido; según me contaron, tocaba el clarinete en la orquesta sinfónica de Cuenca, y no era pacífico. Bastaba con hablar un rato con él para que, sin motivo aparente, fulgurase el rencor en algún comentario, en una mirada desviada que en seguida volvía a su sitio. Era guapo, fuerte, buena planta, había alcanzado una posición desahogada. Su pareja, de clase media alta, tocaba el violonchelo en la misma orquesta; acababan de tener a su primera hija. Pero Ringo procedía de un barrio obrero de Madrid, había tenido una infancia difícil; su hermana pequeña y su hermano mayor no habían dejado aquello atrás como sí pudo hacer él; su madre y su padre padecían desórdenes mentales motivados por la depresión y el alcohol.

No sé por qué Ringo se llevaba bien con María. Aquella mujer representaba lo que Ringo aborrecía: había crecido en una casa sin demasiadas dificultades ni económicas ni de otro tipo y, en la provincia, se había integrado en asociaciones y actividades que hacen pequeñas modificaciones desde la horizontalidad. «Los puros –dijo Ringo–, los que podéis permitiros ser puros».

Estaban dando un paseo cerca del río. Todo era amarillo excepto la

corteza gris clara de los chopos. María a veces también se rebotaba, y aquel día le pasó. Le dijo que no hiciera crítica fácil: por qué le habla de los puros si no conocía toda su historia ni la de nadie. Le preguntó quién echaba las cuentas y por qué había que echarlas.

No dejaba de ser cómico en aquel otoño perfecto, en la curva del río, una mujer baja de pelo cobrizo y rizado gesticulando, discutiendo no sin afecto con aquel tipo alto vestido de negro mientras las hojas amarillas con calma japonesa navegaban en el agua.

A Ringo le sorprendió la pregunta, aunque solo un momento. ¿Echar cuentas?, repitió en seguida. ¿Es que ahora iba María a reprocharle que le hubiera terminado yendo bien en la vida, que su pareja tuviera una casa en la ciudad y otra en el campo, que su trabajo le gustara?

–No –siguió Ringo–, precisamente lo que no se puede hacer con la vida es echar cuentas. El dinero de Jimena jamás podrá compensar los años rotos de toda mi familia.

–¿Lo ves? –dijo María–, las vidas no se miden, qué raro te parecería el reproche de la chica de clase media bajita y gruesa a la que insultaban en clase porque no tenía un cuerpo equivalente al tuyo. O el del joven que hubiera dado su brazo derecho por tener tu oído para la música pero tuvo que acabar en una oficina con un trabajo tenso que no le importa.

Ringo, como queriendo librarse de la armonía del entorno, echó a andar deprisa hacia la carretera. María apresuró el paso para alcanzarlo.

–Pues a lo mejor sí va a haber que echarlas –decía Ringo–. No me compares, ¿eh?, no compares a la niña mimada y gruesa que no tenía amigas en clase con una sola persona de mi barrio.

María le tocó el codo, Ringo se dio la vuelta como si le hubiera abofeteado.

–Frena, Ringo, frena.

–Ya, María, sí, es que, bueno, hoy me han llamado de casa.

–¿Me cuentas?

–No, ahora no. A ver, despacio: ya sabes que me caéis bien, con vuestros cursos de español para emigrantes y vuestra defensa del

cultivo del mimbre y lo que sea. Pero no me toques el rencor de clase. Porque si os gusta tanto la interdependencia, yo soy también mis hermanos y mis padres y mi gente. Y la niña, seguramente no mimada, vale, no lo sé, me da igual, la niña tendrá unos hermanos y unos padres y una gente que no se ha hundido. Presupongo. De acuerdo, igual tiene detrás infortunios que ni me pasan por la cabeza, pero me entiendes, ¿no?

–Sí y no –dijo María–. Nadie quiere tocarte el rencor de clase. Lo que a veces se pone en duda es el mérito de la suerte. No hay mérito en ser alguien con las prerrogativas que te da un hogar de clase media, ni tampoco en ser alguien con las prerrogativas que te da un cuerpo armónico o un oído musical excelente. Además, poco a poco se está descubriendo que la autodisciplina, la motivación, o la capacidad de resistir la tentación y seguir practicando lo que toque, dependen también de la suerte biológica. ¿Qué harías si se volvieran contra ti los que apelan al rencor de la suerte, de la mala suerte, los que te reprochan ser un niño mimado no por el dinero, sino por la genética?

–En serio, ¿no irás a comparar? El rencor de clase viene de que sin personas que opriman no hay oprimidos. Es como el rencor contra el patriarcado, duele. No creas que no lo tengo presente. A veces me avergüenzo de lo que hago sin querer. Veo a hombres escandalizados porque les obligan a argumentar sus comportamientos. Y no nos damos cuenta de lo que tiene que ser para muchas de vosotras vivir entre la espada de la docilidad y la pared del enfrentamiento impuesto, del constante tener que señalar y poner en evidencia esa superioridad inventada que ejercemos. Pero seguís, por vosotras y por todas vuestras compañeras, mientras nosotros miramos para otro lado. En cambio, el rencor de la suerte…

–… es de amargados, ¿verdad? Es de rabiosos, es de personas que no aceptan los hechos y que por lo tanto se infantilizan. Sin embargo, hay algo que no cuadra. Imagina tu situación si además hubieras tenido problemas físicos.

–De verdad que no te reconozco. Así que tengo que dar las gracias ¿a quién?, ¿a Dios, a la vida, a la lotería porque por lo menos puedo

andar?

–Bueno, lo de dar gracias no está mal. Pero sabes que no hablo de eso. Lo que digo es que seguramente hay muy pocas cosas de las que podamos enorgullecernos, cuando alguna ventaja nos tocó en suerte. Así que vale más pensar que el rencor no es contra las personas, sino contra las reglas. No tenemos que hacer un recuento de heridas y pesares, de destrezas y dones.

–Qué fácil. La vida es injusta, unos viven quince años y otros noventa. Hay azar, ya lo sé, pero es que también nos avasallan: a las empresas que contaminan y acortan la vida nunca las ponen cerca de los buenos barrios. Y cuando se crece en un sitio de mierda, a lo mejor la biología se desarrolla peor y estropea la suerte que esa gente podría haber tenido. ¿Lo aceptamos todo?

–Y dale, nunca me oirás decir eso, lo sabes de sobra. Dirigir el rencor no contra las personas sino contra las reglas, ¿no lo has oído? Ni siquiera hablaría del rencor de la suerte, sino de la organización que necesitamos para que nadie quede sin apoyo, para que a nadie le echen encima su supuesta mala suerte.

–Pero las reglas las hacen personas y las usan personas. No es tan fácil separar.

–Bueno, pues en cuanto a esta persona que tienes aquí, no me juzgues por las clases, las mimbreras o la ropa de colores. Dime si lo que hago impulsa o perjudica a la gente de tu barrio y de tu clase, que en parte es la mía porque eso de la clase media hay que hablarlo más. Ya sé, no debería pedírtelo, debería averiguarlo yo. Lo voy a intentar, con la ayuda que venga. Al fin y al cabo «yo» ¿quién es? Una taberna llena y otros lugares.

Desde su altura, Ringo pasó la mano por los rizos de María. Dijo que la invitaba a una caña a condición de que no le preguntara si la caña ayudaba o empeoraba algo.

4.2. Desgracia, tragedia y clase

La conversación con Ringo llevó a María a reparar en un artículo así titulado: «Desgracia, tragedia y clase».

> Todas las personas somos frágiles, a todas nos pueden ocurrir roturas leves y también tragedias. Pero no todas las tragedias se convierten en desgracias. La desgracia tiene un componente de clase. La desgracia es lo que sucede cuando no hay respaldo patrimonial ni una red pública que dé apoyo.
>
> Dicen que la comedia es tragedia más tiempo, basta con que Romeo y Julieta pasen un tiempo viviendo juntos para que aquellas palabras que se decían antes de levantarse –«Mira, amor, qué envidiosas franjas ciñen las nubes dispersas allá a oriente: las candelas de la noche se han extinguido, y el jovial día se pone de puntillas en las neblinosas cimas de las montañas»– resulten cómicas.
>
> Ahora bien, en determinadas circunstancias, casi siempre marcadas por la clase, tragedia más tiempo se convierte en desgracia y no hay narración ni cámaras que se ocupen de lo que está pasando: aquella caída trágica desde una escalera, aquel diagnóstico trágico en el despacho de un hospital, aquel trágico destino abocado al paro o a un encadenamiento de trabajos mal pagados, aquella depresión o aquel dolor de espalda duran, y las redes públicas recortadas llenas de grandes personas voluntariosas no bastan, y no hay estructuras sociales para cada persona herida, parada, hundida, y la vida, a menudo la de toda una familia y su entorno, se convierte en desgraciada.
>
> La literatura, el cine, las series, abundan en historias que ensalzan las redes de las clases populares, las que se forman al margen de la administración pública y del dinero, solo por la conciencia del valor de la solidaridad y la alegría. Es habitual que las comparen con las relaciones de la clase dominante: al funeral por la muerte trágica de un vecino en un barrio popular acuden vecinas y vecinos, y hay apoyo, afecto, vida, mientras que el funeral del rico transcurre en un entorno envarado, nadie lleva un perolo con rosquillas o con salmorejo para la vigilia, todos miden la cuota de poder de los asistentes y se relacionan en función de ella.
>
> Acierta un poco la ficción. Esas redes populares existen y son sagradas. Pero sucede que el tiempo es cruel y los cuerpos limitados. Se cuida un día, se cuida cien; sin embargo, quien cuida también ha de ser cuidado porque, si no, se rompe, y entonces ya hay dos desgracias o cinco, o un barrio al completo. No existe, me parece, otro sentido más cierto de lo que significa ser un animal social que crear, y después alimentar y dar continuidad y fuerza, a esas redes que convierten la desgracia individual en fragilidad compartida. El capitalismo las devora tanto como devora la sociedad. Y evitarlo no siempre es cuestión de voluntad ni de conciencia de quienes resisten.
>
> La derecha, la extrema derecha y la parte más reaccionaria de la

> socialdemocracia mienten hoy a las personas desgraciadas cuando les dicen que la responsabilidad de su desgracia es suya o de otras personas más desgraciadas que ellas. La responsabilidad y la culpa de que la tragedia se convierta en desgracia procede de quienes tienen poder y lo usan para destruir la sanidad pública, el apoyo a la vulnerabilidad, el cuidado de las gentes, la cultura de los saberes compartidos, las capacidades que anidan en cada persona, los bienes comunes, la tierra que habitamos. Juegan con ventaja, pero que tengan cuidado porque llegará el día en que el enjambre de personas desgraciadas se levante en medio de la pena sin nada que perder salvo su propia desesperación.

Al terminar de leerlo, María pensó en todas esas veces en que les decían que querían ir demasiado deprisa. Se acordó de su madre, de la madre de su madre, de las personas a las que daba clases y que no sabían apenas leer ni escribir, muchas mujeres, también hombres. ¿Demasiado deprisa? No es que no quisieran leer porque desconfiaran de la escritura; es que no habían tenido la posibilidad, se la cerraron. Se acordó de todas las vidas machacadas solo porque, supuestamente, su manera de ser no encajaba, de todas las que vivían al quite para que sus cuerpos no fueran usados como trofeos, agredidos, vejados, sometidos. Evocó a las que ahora cuidaban, tan a menudo fuera de la ley, sin vida propia, para que sus familiares de otros países pudieran quizá tenerla. Demasiado despacio, se dijo, demasiado despacio.

4.3. Hundir la tierra

Hay un vendaval dentro del libro *Hermanito*. No sacude ramas y cornisas. Demuda rostros pensativos. Turba la imaginación. Ibrahima Balde cuenta su historia y el bertsolari Amets Arzallus Antia la recoge. Todo lo que resuma aquí no contendrá jamás ni una hebra de la cadencia de las palabras, la precisión y la belleza con que está contada esa historia terrible. Dice la editorial en la contraportada: «"Estoy en Europa pero yo no quería venir a Europa". Ibrahima Balde nació en Guinea-Conakri, y se vio forzado a abandonar su casa para ir a buscar a su hermano pequeño. No salió para perseguir un sueño. Abandonó su hogar para encontrar a la persona que más quería. Una mirada ingenua,

castigada, arrebatadoramente poética y, en definitiva, única. La de quien ha sufrido todo y, sin embargo, tiene el poder de convertirlo en algo útil. En algo bello». También yo he hablado de belleza, pero tengo muchas dudas.

«La mirada de quien lo ha sufrido todo»: hay un punto en donde la clase e incluso el infortunio se retiran para dejar paso a lo que este libro cuenta, una injusticia estructural gigantesca. En su viaje, Ibrahima no solo padece la tortura del hambre, del cansancio cuando ya no quedan fuerzas mucho después de que se hayan acabado las últimas reservas, no solo conoce el miedo a ser disparado día tras día sin un árbol ni una piedra que le puedan esconder. No solo recorre miles de kilómetros para encontrar al final la noticia de que su hermano pequeño ha muerto en el naufragio de una zodiac donde viajaban ciento cuarenta y cuatro personas. Lo peor es que esa noticia se le queda dentro como lo que nunca debería ser: una culpa privada, atenazante.

Su historia es memorable. Sin embargo, a los quince minutos desaparece en el tráfago occidental de ajetreo, disgustos y satisfacciones. No desaparece del todo. De vez en cuando vuelve. De vez en cuando hace brotar aquellas viejas palabras: no es esto, vivir no puede ser esto. Y las palabras se alejan, se ajenan, y la vida sigue como si nada hubiera sucedido. ¿A qué tenemos que llamar belleza? ¿A la cadencia de las frases, a la mezcla de temor y compasión venida del teatro griego? Pero la catarsis, que se pensó para personajes imaginados, se convierte en vergüenza cuando la compasión es hacia alguien real sin que sea posible aliviar su dolor al menos un momento. Vergüenza porque la catarsis se proyecta sobre un Ibrahima Balde real cuyo sufrimiento puede ser contado pero no medido ni pesado, pues si se sumara al de tantas otras personas hundiría la tierra.

A veces la alegría levanta el vuelo, a veces llego a pensar que la culpa es necesaria; no la que sintió Ibrahima, ni tampoco esa forma de culpa que es narcisismo encubierto, sino la gran culpa occidental que despiertan sus peripecias. Creía que bastaba con la responsabilidad, pero no basta. Hacen falta las dos, la responsabilidad y la culpa, la

primera te la exigen, la segunda, aunque hoy sea un sueño, nos la deberíamos exigir, es una directriz necesaria, olvidada solo por el acaparamiento. Si después, al minuto siguiente de pensarlo, veo a una adolescente por la calle que lleva una barra de pan y la toca como si fuera un ukelele, y si no puedo evitar sonreír, no te extrañe. En mí, como tal vez en ti, conviven el huracán y el entusiasmo por la vida. Y no son contradictorios.

Conmoverse, dirás, es una nubecilla que pasa y se pierde de vista. Pero un día la nube se queda y, con ella, las personas empiezan a estudiar, a proyectar, y a poner en práctica planes, de una en una, de dos en dos, de mil en mil. Escriben en el tiempo gestos que pocos ven, actúan, hacen que pase algo, como si fueran colocando, copo a copo, la capa de nieve que, sobre los campos, los guarda de la helada y espanta la sequía.

5. Liarse la manta a la cabeza

5.1. Nubes y relojes

Hace ya algún tiempo alguien dictó una conferencia y la tituló «Nubes y relojes». Con las nubes quería representar los sistemas físicos que son muy irregulares, desordenados y más o menos impredecibles. Con los relojes, los regulares, ordenados y de comportamiento bastante predecible. Dijo que algunas personas pensaban que todas las nubes eran relojes. Otras, que todos los relojes eran nubes. Y entremedias había una gradación, más reloj y menos nube o viceversa, que es donde solemos movernos para explicar los comportamientos humanos. Juan tiene sed, bebe agua y se le pasa la sed, porque la sed tiene a veces comportamiento de reloj y responde al agua de forma casi automática. Juan tiene una gran pena, se toma un antidepresivo y no siempre la pena se le pasa. La pena es más nube que reloj. Aunque hay quien dice que la pena es completamente reloj, solo que aún no se ha logrado conocer su mecanismo a la perfección. Y hay quien dice que es completamente nube, porque aunque se logre entender el mecanismo dentro del cerebro una gran parte de la pena está fuera.

Los relojes terminan más o menos en sí mismos, por eso para comprenderlos basta con ir desmenuzándolos en piezas, y para repararlos basta con encontrar la pieza que se ha roto. Las nubes y las personas se relacionan con algo más amplio, llamado clima o llamado entorno, mundo, sociedad, de manera que para comprenderlas no suele

bastar con dividirlas en partes cada vez más pequeñas, ni siempre hay una pieza que aflojar, apretar, cambiar por otra nueva. A menudo hay que ampliar en lugar de reducir, poner en relación a la nube con el clima y a la persona con el mundo en el que vive.

No es fácil saber si se prefiere que haya más nubes o más relojes. Juan va conduciendo, sufre un ataque de epilepsia, choca con otro vehículo y un niño de diez años muere. En el momento del ataque Juan es completamente reloj y el choque no pudo ser evitado. No es posible acusar a Juan de haberse saltado un semáforo u otra infracción. El ataque de epilepsia es la fatalidad, es el reloj marcando el minuto siguiente, inexorable. Pero ¿consuela la fatalidad? Tal vez la familia del niño quiera saber si era el primer ataque que Juan tenía. Si ha tenido más ataques y pertenecen a un tipo de epilepsia que hace difícil controlar las crisis mediante medicación y seguimiento, pensarán que Juan pudo tomar la decisión de no conducir y no lo hizo. Y pensarán que el sistema de salud y el administrativo debieron haber velado para que esa decisión se tomara.

La familia del niño podrá dirigir su pena y su rabia contra uno o más responsables. Podrá colocar el acto en una visión moral que contemple lo que está o no está bien no solo desde el punto de vista de los protagonistas, sino también desde el punto de vista de la comunidad en la que vive Juan.

Si aquel era su primer ataque, si Juan era completamente reloj, solo cabe el estoicismo ante la fatalidad. No tiene sentido rebelarse por un rayo que cae, hay que aceptarlo y seguir. Mientras que si Juan en el momento del ataque era una nube, la familia del niño podrá tratar de que no vuelvan a producirse casos como el de Juan y es posible que el intento les consuele, aunque también es posible que la rabia les ciegue y haga más punzante el dolor.

En cuanto a Juan y su entorno, si Juan era completamente reloj será mucho mejor saberlo, porque hace unos siglos, tanto Juan como su familia habrían sido acusados de complicidad con el demonio, el diablo, con fuerzas oscuras, y habrían sido acaso torturados. Y podrán tal vez acompañar de alguna manera la pena y la lucha del entorno del

niño sin la interferencia de la vergüenza y la culpa.

Imagina ahora que Valeria, como un porcentaje de entre el treinta y el cuarenta de la población española, tiene toxoplasmosis, una enfermedad causada por un pequeño parásito y que, según se pensaba, solo tenía consecuencias graves en los fetos si las madres la pasaban estando embarazadas. Pero nuevos estudios revelan que, en algunos animales, puede afectar a circuitos cerebrales relacionados con la estimación del riesgo. Y es posible que eso también suceda en algunos humanos. En las investigaciones sobre la toxoplasmosis se constató que la inmensa mayoría de los jóvenes que habían tenido accidentes de moto con conducta temeraria también tenían el parásito.

Supón que María tiene diecinueve años y una moto, que la conduce de forma temeraria, se estrella y muere. Los familiares de María, en el centro de su desesperación, dan en creer que erraron al educarla, que no le transmitieron con fuerza suficiente el sentido de la prudencia. La hipótesis carece de toda confirmación posible. Es sabido, por ejemplo, que el cerebro, que es un poco reloj, no se desarrolla del todo hasta los veinticinco años, y las herramientas de la prudencia se alojan, precisamente, en la zona del cerebro que se desarrolla más tarde. O pudo suceder que María hubiera ejercitado ya en parte la prudencia gracias al ejemplo, a las normas inculcadas y a sus particularidades. Pero conservara, no obstante, algunos rasgos de las nubes adolescentes y ese día un disgusto inesperado o una gran alegría le llevara a pisar el acelerador al margen de lo que hubiera aprendido en su casa, pues la educación recibida y demás cuestiones son solo una parte de la conducta de las nubes. Si entonces su cuerpo fue reloj y la causa de que siguiera pisándolo más aún estuvo en un rayo con forma de parásito de la toxoplasmosis, si su cuerpo siguió los pasos de un mecanismo ciego y fatal sin paliativos, tal vez la angustia de los familiares se calme un poco. O tal vez no.

Vivimos tiempos con demasiada noche, ¿por qué te hablo de esto? Porque en los tiempos oscuros también se cantará, también se pensará, y tendremos que procurar saber a qué obedecen los comportamientos y cuáles son las reacciones que mejor se ajustan a los hechos sucedidos.

5.2. Tazas y pájaros

La ciencia trata de averiguar, la sociología sigue buscando. Hay ya algunos juicios penales donde tiene sentido alegar que una lesión específica en la corteza prefrontal del cerebro impedía al asesino controlar sus impulsos violentos. Pero queda tanto por comprender. Hay, al mismo tiempo, personas que se organizan para evitar que un político corrupto se apropie del dinero común y no se preguntan hasta qué punto es nube o reloj ese político. Es legítimo, han resuelto quitar importancia a las posibles causas del comportamiento del político para poner por delante a quienes perderán sanidad, educación y otros servicios a la comunidad si el político se lleva el dinero.

Muchas personas creían, algunas aún lo creen, que descubrir la constitución biológica de determinados comportamientos dañinos podía ser perjudicial para la sociedad pues haría que se empezase a tolerar más, por ejemplo, la agresividad injusta. Al fin y al cabo, podría alegarse, es una tendencia innata, o un desarreglo neuroquímico. Además, culpar a la biología quitaría responsabilidad a los mecanismos sociales que contribuyen a generar agresividad injusta. Porque la agresividad, como la pena, también tiene una parte fuera. A veces es la forma que tiene de descargar su desesperación alguien que sufre más presiones, carencias e incertidumbres de las que puede soportar. Otras veces es una variedad de lo que llaman agresividad desplazada: el grito que tu jefe te da, tú se lo das a tu subordinado y el subordinado a alguien más débil y la cadena continúa. Puede ser un grito u otro abuso de poder permitido, o meramente tolerado, o incluso fomentado.

Sin embargo, parece mejor el argumento contrario y así se defiende ahora: encontrar causas biológicas no descarga a la sociedad de la tarea de evitar las causas de las causas, aquellas que disparan una predisposición biológica, o las que niegan la ayuda para evitar que suceda, o el apoyo cuando ya ha sucedido. Por el contrario, los descubrimientos biológicos pueden ser argumentos para que la

sociedad actúe con mayor conocimiento y encuentre soluciones. Además, la razón de que la agresividad injusta deba ser evitada y de que haya que hacer todo lo posible para conseguirlo, no es que esté o no localizada dentro del cerebro, que exprese o no una inclinación genética, un sentido de la imitación social o pura angustia. La razón es el daño que hace.

Dice el neuroendocrinólogo y primatólogo Robert Sapolsky que la palabra determinismo nos equivoca porque parece insinuar que hay, desde el principio de los tiempos, un destino escrito e inmutable. En lugar de decir que todo está determinado prefiere decir que todo está causado. Todo lo que sucede tiene una o varias causas anteriores que, a veces, podemos trazar. Cuando no podemos no es porque las causas sean sobrenaturales y no pertenezcan al universo físico, sino porque aún no hemos llegado a conocerlas.

Físico no es solo lo inmediatamente material. Físico es también que alguien escuche una historia de generosidad y eso le anime, o no, a tener un comportamiento semejante. O que alguien escuche una historia de crueldad y quiera reproducir, o no, ese comportamiento. Estamos empezando a conocer los caminos neurobiológicos por los que se produce ese cambio intencional. Quedan otros caminos por conocer, los que hacen que esta historia suceda, y se cuente, y los caminos que hacen que se difunda y se escuche con atención o con indiferencia.

Por cada pregunta que la ciencia logra responder, aparecen diez preguntas nuevas. Insisto, cuando decimos que no todo cabe en una explicación, no estamos huyendo hacia la superstición o la magia. Hay una sola vida y es en este mundo, el único que nos es dado habitar, donde, a la postre, todas las tazas son pájaros. Escribirlo así es mi manera de decirte lo que se une a la suma, al dato, a la interpretación. Todo tiene una o varias causas y no es sencillo prever en qué instante la resignación se lía la manta a la cabeza y las personas salen de sus casas dispuestas a que el hambre no se repita. O la gloria de un hacer lo que se debe contra toda corriente, o la obstinación que se abre paso dentro de la ciénaga y la enciende por dentro.

5.3. Sin medir ni calcular

«Hacer lo que se debe sin medir ni calcular», este precepto que un padre dio a sus hijos lo desmenuzará quizá la filosofía: ¿qué es lo que se debe?, sin medir ¿qué?, sin calcular ¿qué? Lo desmenuzará la ciencia: ¿qué zonas del cerebro y de la genética dictan lo que se debe?, ¿qué cadenas de hormonas modificadas durante generaciones producen el estrés, el valor, la ira, la generosidad?

También la psicología viene para contarnos sus teorías. Hay, por ejemplo, un experimento que mide, dicen, la tolerancia a la injusticia. Consiste en dar a una persona cien euros, tiene que repartirlos con otra y puede elegir la proporción, pero si la otra persona no la acepta, se quedarán sin el dinero las dos.

La tasa de aceptación hasta donde suele llegarse es 90/10. Te doy 10 y me quedo con 90. Pero habiendo tanto que conocer, ¿por qué se les ocurrió precisamente ese experimento?, lo cual suele ser muy parecido a preguntar: ¿para qué? Y preguntar entonces, por ejemplo: ¿iban a volver a verse las dos personas del experimento? ¿Es lo mismo repartir beneficio que repartir dolor? ¿Cómo era la persona que perturbó la media y aceptó solo 50/50? ¿Le gustaba acampar junto al pantano, dormía de un tirón?

Estas preguntas parecen un mero divertimento literario, juegan a confundir los códigos, pero nacen de la voluntad de saber, por ejemplo, y entre otras cuestiones, quiénes son los sujetos de los experimentos, qué angustias tienen y cuáles no conocen, qué luchas colectivas han vivido y cuándo. Pues la mayoría de las veces los sujetos son estudiantes de universidades, a menudo privadas, en Estados Unidos. Apenas hay muestras que busquen la mayor aleatoriedad posible o al menos a personas en situaciones sociales verdaderamente distintas. Y entonces cabe decir que no parece muy sensato establecer normas generales y supuestas bases de conocimiento del mundo a partir de preguntas que a lo mejor no estaban completas; o que obedecían más al interés en que la respuesta pudiera medirse bien que al interés en que

la pregunta y la respuesta fueran útiles para la mayoría. Preguntas que quizá tomaban como único punto de partida la experiencia de estudiantes lo bastante privilegiados como para haber accedido a esas universidades. Importa la validez de lo aprendido, pero también saber hasta qué punto es útil y para quiénes.

Todas las tazas son pájaros, y lo son con los datos, los neurotransmisores y las probabilidades. Con las hormonas, los genes, la topografía de su cerebro y otras características que empezamos ahora a conocer. No es que las tazas tengan la sangre de los pájaros o sus plumas. Dentro del torbellino del lugar y el momento en que las miras, alcanzas a imaginar el latido de sus alas. No lo llamo metáfora porque no busca comparar cosas a través de alguna semejanza, siquiera remota. En las personas, y a veces en las cosas, medir es comparar y solo es posible comparar si dejas de fijarte, si escondes u olvidas las diferencias entre lo que estás midiendo.

Nombramos lo que no es idealismo, sino la ciencia cierta de la diferencia que abarca al mismo tiempo lo común que compartimos. Recuerda, la excepción prueba que la regla es falsa. Pero no significa que la regla sea inútil. En una ley física la excepción obliga a corregir la ley. En una afirmación del tipo «las aves vuelan», se trata solo de aprender a imaginar un mundo donde hay sitio para los pingüinos, que son aves y no vuelan.

Vayamos a las reglas del comportamiento humano. Aquí además de tener en cuenta las excepciones importa saber que las reglas son extensas como un cuento largo. Se observa, por ejemplo, que la amígdala del cerebro detecta con rapidez las amenazas y tiende a considerar amenazante un rostro fotografiado de otra etnia. La conclusión parece clara. Llega entonces otro experimento que continúa el anterior: se introduce una nueva categoría, tal como poner a la persona fotografiada una gorra del equipo de fútbol de la persona que mira, o hacer la simple pregunta de qué edad tendrá la persona retratada: entonces la amígdala parece calmarse y el rostro ya no se interpreta tan pronto como una amenaza. El segundo experimento no niega el anterior, lo complementa, igual que la necesidad de

comprender complementa la actividad de la amígdala. Y aún vendrán otros. Poco a poco, las explicaciones desarrollan, interpretan y van quitando la confusión que esconde lo que parece ingenuo y meramente natural.

Las proposiciones de la ciencia se aproximan a la vida humana en su conjunto. Si no alcanzan a contenerlas es porque el tiempo va deprisa, las excepciones abundan, y la elección de aquello que merece ser estudiado no forma parte, casi nunca, del pensar común, ni de procesos coordinados. Por el contrario, se enmascaran intereses, o se deja de apoyar proyectos válidos por chapuza o despiste o imposición de otros con un respaldo económico mayor. Entre tanto, el rostro del otro no es una mera fotografía, respira y te está mirando. La vida no termina en el experimento, como tampoco termina en el propio cuerpo. Requiere tomar energía del entorno y entregarle sustancias, palabras, quimeras, tacto, ideas, cobijo, la capacidad de vivir en cuerpo ajeno, de ser vivido por la imaginación ajena.

Miras la taza que es como mirar tu vida; en lo que no se sabe aunque un día se sepa, y en lo que no se abarca, y en lo que no pueden sujetar, también estás tú.

6. Cataclismos

6.1. Este repentino silencio

«Pero conoceremos otras primaveras y cruzarán el cielo otros nombres –Jane, Margaret–». Así comienza el poema en prosa de Leopoldo María Panero titulado «Palabras para Peter Pan». Como el polvo mágico de Campanilla, necesita la complicidad de un pensamiento. Trata de cuando se cree, y de cuando ya no se cree.

La bióloga marina Rachel Carson publicó en 1962 el libro *Primavera silenciosa*: «Sobre crecientes extensiones de Estados Unidos, llega ahora la primavera sin ser anunciada por el regreso de los pájaros, y los tempranos amaneceres están extrañamente silenciosos allí donde antes se llenaban de la belleza del canto de las aves. Este repentino silencio, ese borrado del color, de la belleza y del interés que los pájaros confieren a nuestro mundo, ha venido astuta, insidiosamente y sin ser notado por aquellos cuyas colectividades aún no han sido afectadas».

Desde entonces hemos conocido otras primaveras, no han sido televisadas pero sí silenciosas como las partículas contaminantes que en el aire, en el agua, en la tierra y en las cosas, están matando. Carson denunció los efectos nocivos de los pesticidas y murió antes de ver cómo su trabajo había dado lugar a cambios en la legislación que mejoraron la salud de las personas y de otras especies del planeta. Sí conoció por contra, y padeció, las presiones y falsas acusaciones de su gobierno y de la industria. Pero Carson creyó en hacer algo cuyos

resultados llegasen cuando ya no estuviera.

¿Aguamos las fiestas, es eso lo que hacemos? Me incluyo, desde la afinidad y el deseo, en un modesto entorno que acompaña a quienes de verdad aguaron y aguan las fiestas del poder, las fiestas de quienes para obtener un beneficio a corto plazo han preferido desatender el principio de precaución y estropear lo que estaba lejos, lo que no veían, lo que no tenía cómo llamar a su puerta. Me incluyo porque, aun si solo sea con palabras, no quiero que esas personas estén solas.

Hablemos de ellas, de las que luchan todos los días. Durante años dijeron que esto era grave, muy grave. Las llamaron catastrofistas, exageradas, ¿acaso no sabían que la ciencia encontraría soluciones? Las acusaron, las demandaron, las amenazaron. He seguido de cerca a algunas, sé que darían lo que fuera por no tener razón. Observo cómo, cada día, buscan formas de contar lo que pasa sin que provoque desaliento, sin que parezca que solo cabe desfallecer ante la magnitud de los problemas o entregarse al cinismo, darse a los cubatas y al olvido, y que esto dure «lo que tenga que durar». No hay, dicen ellas, un «lo que tenga que durar» separado de las acciones.

Agotar el mundo: ya no queda petróleo bueno, el que se podía extraer con escaso gasto. Poco a poco se está acabando el diésel, y se acabarán también algunos minerales con los que se fabrican fertilizantes, baterías, microchips. Extraer la energía y almacenarla cuesta más, por lo que empieza a no ser suficiente para mover las cosas que hoy se mueven. La cantidad de agua que cae sigue disminuyendo, un treinta por ciento en los últimos treinta años. Cuando falte energía y riego y falten materiales para hacer fertilizantes, serán menores las cosechas, costará más recogerlas, transportarlas, faltarán alimentos. Si no se hace nada, si no se cambia nada, ¿cómo se repartirá lo escaso, cómo se evitará que sea más escaso?, ¿quién decidirá qué es lo más necesario y para quién?

Amiga persona, el mundo se viene abajo, casi cada generación lo ha sentido: «El cataclismo ya ha pasado, estamos entre las ruinas», decía el narrador de *El amante de lady Chatterley*, un libro publicado hace casi cien años. Unas líneas más adelante, añadía: «No hay camino llano

hacia el futuro, pero nos abriremos paso a través de los obstáculos. Tenemos que vivir, no importa cuántos cielos se hayan derrumbado».

Esta vez, sin embargo, hay indicios de algo diferente. La disminución de los recursos, el declive de la energía y el calentamiento global son tres emergencias cuyas consecuencias se están dando ahora. Los cielos se derrumban ahora y se derrumbarán mañana. Y son emergencias que no pasan. Cuando un recurso se acaba, se acaba para siempre. Después no viene nada.

6.2. Darse cuenta

Aunque dicen que conocer el pasado evita repetirlo, hay que tener cuidado con la tendencia a la imitación: imitar permite pensar menos. La mente humana se precipita a abandonar el pensamiento porque es más fácil, aunque luego se suele arrepentir. Por eso, además de conocer el pasado importa conocer los mecanismos que en forma de ideas imprimieron trayectorias a lo que no se quiere repetir. ¿Conoces el artículo «Pérdidas que hacen crecer el PIB»? Lo encontrarás en la red. Examina pérdidas y destrozos que contabilizan positivamente en esa forma cuestionable de medir riqueza y desarrollo, y tan usada, sin embargo: el Producto Interior Bruto. Veamos dos de los catorce casos que cuenta.

Hay un río limpio. Una industria vierte en él sus residuos y el río se contamina. Para las personas y para el entorno es una pérdida. Quienes viven río abajo se ven obligados a dejar de beber el agua cercana y compran agua embotellada en el supermercado. Al comprarla, será contabilizada como actividad económica, lo que no sucedía cuando estaba limpia. Dice Fernando Cembranos: «El agua contaminada, por tanto, hace "crecer" el sistema económico. Un país se considerará más rico si sus recursos naturales sanos y abundantes han sido deteriorados. Un bosque quemado contribuye más al PIB que un bosque vivo. El aire contaminado de la ciudad impulsa la construcción de segundas residencias en el campo. La playa insalubre hace más atractiva la

instalación de piscinas. El crecimiento económico degrada el medio y el medio degradado impulsa el crecimiento económico. La naturaleza muerta contribuye más al PIB que la viva».

Segundo caso: la fealdad inducida. Una sociedad que valore la variedad de cuerpos y lo que hoy se entiende por belleza no normativa es, desde el punto de vista del crecimiento económico, más pobre que una que tenga estándares estrechos, rígidos e inaccesibles para la mayor parte de la población. «Cuantas más personas se perciban a sí mismas como feas, más crecerá la industria cosmética y la industria quirúrgica de la belleza. Cuanto menos conformes estén las personas con sus cuerpos más crecerá el sistema económico».

Cembranos aborda doce casos más, entre otros: la insatisfacción, la lejanía, la sobreespecialización del suelo, la pérdida de autosuficiencia y soberanía, la emisión de residuos, la sinrazón y la irresponsabilidad, la extracción y degradación de materiales de la corteza terrestre.

Ante algunos, como el de la fealdad inducida o el de la insatisfacción, hay cada vez más intervenciones pues al menos una parte puede corregirse mediante cambios en el pensamiento y el lenguaje. Con respecto al agua, la tierra, el aire y el fuego, a lo que somos, la indiferencia y el fatalismo se alían y construyen un cerco que sin embargo cruzan, con riesgo, y hay que recordarlo siempre, grupos de personas organizadas, empeñadas en evitar que ensucien, roben y quemen el agua, la tierra y el aire de las comunidades que somos.

Escribe Yayo Herrero en su libro *Los cinco elementos*: «¿Cómo puede ser que hayamos llamado progreso a un proceso que hace que el agua, inicialmente abundante, se vuelva escasa debido a su uso imprudente, despilfarrador e irracional? ¿Qué es lo que hace que teniendo delante de los ojos el declive y contaminación masiva de las fuentes de agua potable no se planifique u organice la economía con conciencia de la dependencia del agua?».

«¿Cómo puede ser? –pregunta Herrero–, ¿qué es lo que hace?». Multitud de personas y colectivos trabajan en desmenuzar ese cómo puede ser. Se conocen los números y las propiedades, se conocen las normas, las que se respetan, las que faltan, las que se transgreden

mediante el abuso de poder. Pero saber no es suficiente.

El cine, una parte del cine, ha hecho del momento del darse cuenta uno de sus pilares. Los manuales de guion hablan de arco del personaje o de su evolución. Y para contar esa evolución suele ser necesario un momento en que el personaje cambia porque se ha dado cuenta de que no quería seguir haciendo lo que estaba haciendo. Bud, el protagonista de la gran película *El apartamento*, de Billy Wilder, prestaba su apartamento a los jefes para sus escarceos, a cambio de pequeños ascensos. Pero un día, en una escena delicada y memorable, se da cuenta de que esos escarceos pueden hacer daño a mujeres a quienes los jefes no tratan bien, se da cuenta de que hay una persona que le importa más que un ascenso, se da cuenta de que ya no quiere seguir siendo el empleado servil que ha sido, y cambia, y dice no. Bud sabía que era servil, claro que lo sabía. Pero tuvo que pasar algo que le hiciera darse cuenta de lo que sabía.

A menudo, sin embargo, hay un tercer paso necesario. Bernard Shaw dijo que nadie acepta nunca verdades incómodas «hasta que la posibilidad de una escapatoria las ilumina». Saber no sirve y los personajes que solo saben algo continúan en el error a pesar de saber. Cuando además de saber, se dan cuenta, entonces ya pueden rectificar. La cuestión es que, a menudo, la rectificación está fuera, está ahí donde el rótulo ilumina una puerta posible. No siempre, pero casi siempre, sucede que no rectificas porque te hayas dado cuenta, sino que te das cuenta cuando puedes rectificar.

Volvamos a la idea del «desnivel prometeico». Las bombas de Hiroshima y Nagasaki y la incapacidad de imaginar emocionalmente la relación real entre apretar un botón y la muerte de cada una de las más de doscientas mil personas con sus ojos oscuros de café, sus lugares preferidos, sus amigas, su perro dormido a su lado, las deportivas blancas de su abuela. La relación no asumible entre el acto banal de comprar una cajetilla de tabaco y la consecuencia no querida de que los adolescentes inmigrantes ilegales que trabajan en las plantaciones de Estados Unidos se intoxiquen a diario.

Imagina ahora un desnivel prometeico inverso. Cientos de miles de

vidas atraviesan generación tras generación el lapso de la infancia a la muerte sin haber podido modificar un ápice el rumbo de un sistema ecocida, explotador, enloquecido. Así se atrofia el sentido de la responsabilidad. Desatrofiarlo es empezar a pensar que ese desnivel ha de ser modificado y acortado, porque quien se acostumbra a la impotencia de su acción deja de actuar y, sin embargo, ya no hay tiempo para la espera ni para la indiferencia.

Como la capacidad de acción, también una gran parte de la razón está fuera. En las instituciones, en las normas, en las formas de ejercer y difundir la crítica. Si esas instituciones no son fiables, si no hay espacios comunes para la acción colectiva, si el supuesto altruismo con el que las mujeres cuidan es obligatorio, si las cadenas globales de cuidados son en realidad cadenas de explotación, si no existen formas de vida mínimamente igualitarias y los privilegiados, ya sean personas o países, justifican mediante el mérito las ventajas obtenidas por la herencia y la coacción, las palabras se vacían y la razón pierde un instrumento imprescindible para poder pensar. Recuerda el torrente sanguíneo inundado de hormonas del estrés a los cinco años. ¿Dónde está la frontera entre el comportamiento racional que solo tiene acceso a la impotencia, la frustración, la resignación, y el que nos atrevemos a llamar irracional? Cuando las personas no ven una salida porque ha sido tapiada y lo destruyen todo y atacan a los más débiles, están siendo irracionales a largo plazo, pero quizá muy racionales a corto plazo porque no pueden ya con su cansancio y su impotencia y eligen los atajos sin sentido al ser los únicos que pueden ver.

6.3. No te eches para atrás

¿Sirve para algo conocer lo que no se puede hacer? Esas personas a las que llamaban aguafiestas nos advirtieron de los límites del planeta hace años, pero entonces no estaban tan a la vista, las cadenas de desastres no eran inminentes. Por toda reacción se confió en la supuesta magia de cerrar los ojos, o en lo improbable. Hoy ya no queda mucho tiempo.

No apareció el conejo que había de salir de la chistera, la fuente de energía perfecta, el cisne negro que cambiaría todo para mejor y de repente. ¿Qué hacer entonces?

«No te eches para atrás, no retrocedas, / no temas al error / cuando todos se van y tú te quedas», lo leí en alguna parte. Ya no he vuelto a encontrarlo pero lo memoricé porque tenía un aire de corrido mexicano, sigue así: «Ya es tarde para apuestas, / tú lo entregaste todo, / creías en la suerte de los que todo dan. Levanta la cabeza, / enciéndete el orgullo, / aguanta las miradas, / no pierdas el compás. Si creen que has perdido, / es que no saben nada, / las cosas que tú has dado son tu velocidad».

No te eches para atrás, súmate ahora al baile de plantar cara pues no es posible continuar con esta forma de vida. Seguía la canción: «Y que nadie suponga / que no te diste cuenta / de los que saquearon tu generosidad. / Tu rabia la has guardado / como se guarda un rayo, / no merece la pena discutir ni llorar. / Ahora eres tan libre / que podrías volar, / pero a pie firme esperas, / no te echas para atrás».

Supongo que se lo escribieron a una persona que se había mantenido firme en un entorno difícil, un entorno, seguramente, egoísta. Ella habría puesto de su parte, se habría empeñado en no renunciar, en no rendirse, y habría entregado ideas y risas y fuerza para mover cajas o mover cuerpos, habría dado su energía a quienes la habían usado y luego solo habrían devuelto indiferencia. Esa persona, o a lo mejor ese colectivo, quiso entonces abandonar, encerrarse, volverse huidizo y un poco ruin. Pero no lo hizo, se quedó.

Me recuerda a una historia protagonizada por el dramaturgo militante César de Vicente Hernando. Había conseguido la grabación de una película de enorme interés político que no estaba en la red ni en ninguna plataforma. Como también había logrado poner en pie una pequeña sala de teatro donde además se organizaban coloquios y discusiones, César propuso a personas amigas y cercanas a la sala hacer un cinefórum sobre esa película. A todo el mundo le pareció una buena idea. Pero luego, ya sabes, la vida diaria, las tareas, la inercia, la conformidad, el olvido. El día de la proyección no va nadie. Entonces

César, sin inmutarse por fuera, con la máxima elegancia, proyecta la película. Cuando un amigo llega a la sala, un poco tarde pero llega, encuentra a César sentado, mirando la película y tomando notas, porque sigue pensando que la película tiene un enorme interés y porque no ha dejado de esperar.

Debió de ser complicado escribir esa especie de canción. No confiamos en el sacrificio. Ni creemos en la abnegación, en que unas personas dejen de ser para que otras disfruten a raudales. Pero no se trata de sacrificarse ni de dejar de ser: tu rabia la has guardado como se guarda un rayo, las cosas que tú has dado son tu velocidad.

Tanto la persona a la que dedicaron la canción como César de Vicente eran. Simplemente sabían que resignarse a la destrucción es retroceder.

Puede parecer serio decirlo así. Parecen serias las personas que se juntan con otras para pensar, para ver qué cosas sería posible hacer, para empezar a hacerlas a su escala, para reclamar que se promulguen leyes nuevas y se impidan desmanes y se afronten conflictos, de manera inmediata a ser posible. Tomar en serio algo es atribuirle valor y estar dispuesto a concederle nuestra perseverancia.

No conviene, por eso, tomarse en serio a uno mismo como individuo. Los individuos tienen valor junto con otros individuos y junto con la comunidad de que son parte. Tomarse en serio a uno mismo es dejar de tomar en serio, de conceder valor y atención a quienes te van haciendo con su tacto y con sus actos, y a quienes vas haciendo tú. En cambio, tomar en serio lo que está pasando es necesario. La seriedad no agua las fiestas, pero sí puede aguar algunos desastres, disolverlos, porque de lo contrario vendrá la muerte, y se extenderá la guerra. La seriedad no es menos ni más interesante que la fiesta o que la risa porque no se contraponen, sería como contraponer al pájaro el color naranja. A veces hay pájaros con plumas naranjas. A veces, mientras pelas una naranja escuchas cantar a un pájaro.

7. El sentido es imaginario

7.1. Querer lo que se quiere querer

¿Tiene la vida una dirección, un sentido? Las religiones del mundo responden que sí y que viene de fuera, de un dios, de muchos dioses, de algo que no está aquí y que, a través de formas que no se pueden demostrar, interviene en los acontecimientos de la vida, los orienta, establece puntos a los que dirigirse.

Hay quienes adoptan una religiosidad suave. Entienden el espíritu como una herramienta de los seres humanos para representar el hecho de compartir con otros seres vivos, humanos y no humanos, un instante dentro de la inmensidad del tiempo que nos precede, y designar los vínculos de respeto y gratitud acaso inscritos en ese espacio y ese tiempo.

Si me preguntas, sabrás que estoy entre quienes afirman que la vida no tiene sentido, porque el sentido o finalidad de algo exige una intención previa, el sentido del sacacorchos es que sirva para descorchar botellas de vino puesto que fue diseñado con esa finalidad. Una piedra, un tornado, una bacteria, un estornino, una estrella, no tienen sentido. Otra cosa es que un ser humano decida usar una piedra como si fuera un martillo, combatir a un conjunto de bacterias como a una legión enemiga, poner nombre a una estrella, tratar de imprimir una o varias direcciones a su vida, una o varias finalidades.

No está claro que sea bueno querer dar un sentido a la vida. No está

claro que sea necesario. Ayuda, pero también confunde porque lo frecuente es caminar en varias direcciones, tener varios objetivos y que a veces unos interfieran en otros: una, digamos, sociedad de las finalidades que tratamos de poner de acuerdo.

El sentido de la vida es imaginario. Ya sea por imaginar y creer que los dioses o el espíritu son capaces de intervenir en la realidad directamente. Ya por imaginar y luego diseñar una o varias finalidades que nos gustaría dar a nuestros días, y entonces atenernos a esa noción imaginada, también llamada proyecto.

Sabemos que tanto la creencia como la imaginación intervienen de forma indirecta en los hechos y en los actos, y modifican la realidad. A menudo algo que leímos o nos contaron, o vimos en imágenes visuales o audiovisuales, se convierte en parte del trasfondo con que interpretamos el mundo, y a veces en un recuerdo que guía tanto nuestras futuras acciones como la interpretación de nuestras experiencias y sentimientos. Cada vez hay más estudios acerca de cómo en el cerebro se activan casi las mismas áreas cuando realizas una acción y cuando imaginas que las estás realizando, también cuando ves a alguien realizarla y cuando imaginas a alguien realizándola. No es tan fácil separar lo que sucede y lo que alguien imagina que sucede.

La ciencia quiere separarlo, pero los seres humanos son intrincados y a veces oscuros. Cuando piensan en algo que les preocupa, enfada o angustia, producen en su cuerpo hormonas del estrés. También la creencia equivocada de que una pequeña araña camina por su cabello puede hacerles experimentar la sensación física exacta de las patas ligeras que se mueven, aunque no haya ninguna araña. Lo que sucede no ha sucedido, pero la excitación de las terminaciones nerviosas motivada por la araña imaginaria o la subida de tensión causada por un pensamiento sí han sucedido, son reales, son modificaciones reales de la materia que la ciencia puede medir y comprobar.

A la inversa, los cambios físicos intervienen en la imaginación. Cuando estás batallando con un catarro que ha comenzado o con alguna otra infección, el sistema inmunitario utiliza mensajeros químicos. Uno de estos mensajeros, además de provocar alteraciones en

la regulación de la temperatura como la conocida fiebre, aumenta la sensibilidad a pequeños dolores que antes ni siquiera eran percibidos, y también provoca un estado de somnolencia que es fácil confundir con el cansancio. Por su causa, el hipotálamo libera una sustancia que, encadenándose con otras, dispara el estrés con su cascada de procesos: dejas de almacenar energía, se inhibe el apetito, también el sexual, pues de algún modo el organismo ha deducido que en una situación de peligro no conviene dedicarse a digerir alimentos ni a ovular, etcétera.

Todos estos cambios físicos suelen empezar antes de que sepas exactamente que tienes un catarro o una gripe, de tal modo que son, en este caso, los cambios físicos los que producen pensamientos. Inventas explicaciones en las que sinceramente crees y consideras, por ejemplo, que aquel plan, salir a dar un paseo o ir a tomar café con una persona, ya no es un plan tan bueno. Atribuyes tus conclusiones a cómo supones que será el paseo o la conversación con esa persona, o a cómo te representas tus inclinaciones afectivas o tus ganas de caminar junto a los álamos, en lugar de atribuírselo a la combinación de influencias biológicas subterráneas, pequeños procesos físicos, materiales, que de algún modo mueven tu imaginación.

Una tarde catarrosa, las delicadas patas de una araña que no existe sobre tu cabeza, y suma luego el largo camino que nos lleva por la biografía, los hechos que nos hacen y deshacen, el tiempo dedicado al trabajo, lo que pesa y exige, lo que alegra, inquieta, calma, la familia, la apariencia física, todo eso con lo que una persona suele describirse a sí misma, eso de lo que tratan las narraciones del mundo. Con respecto al sentido parece que solo consiste en elegir lo que se quiere y después usar el método de la racionalidad para obtenerlo. Pero la historia siempre empieza antes, en quién vigila a los vigilantes y en cómo se quiere lo que se quiere querer.

Un ejemplo trivial: un hombre de cuarenta y siete años, tal vez Alfredo, barba recortada, orejas de soplillo, recorre varios kilómetros sentado en un coche de dos toneladas, lo aparca, y entra en la sala de un gimnasio para subirse a una cinta de correr o a una bicicleta estática, en lugar de haber salido a dar un paseo en bicicleta o

andando. Él no lo encuentra contradictorio, aduce mil razones: se concentra mejor en un espacio protegido y climatizado; puede quemar más energía y regular su esfuerzo sin estar pendiente de la circulación y del humo que no quiere respirar; dispone de poco tiempo y necesita además un cierto desahogo intenso y concentrado que compense el largo ahogo de la jornada. No percibe ninguna urgencia ecológica y puede pagar la gasolina y el gimnasio seguramente privado, pues los públicos son pocos y no cubren la demanda. ¿Quién crea la demanda? ¿A qué distancia está el lugar adonde Alfredo podría desplazarse andando? ¿Cómo es ese lugar? ¿Entraña peligro recorrer en bicicleta esa distancia? ¿Cómo se producen las necesidades?

Hay además maneras de alterar el sentido, de expropiar uno y sugerir, construir o imponer otro diferente. Primero se crea soledad mediante la competencia y el cansancio. Después se aleja cualquier posibilidad de intervenir de manera efectiva en el rumbo que toma la propia comunidad. Se van cerrando espacios donde encontrarse cinco personas y pasar un rato juntas sin consumir. Se produce en cada individuo sensación de fealdad física y mental al trasladar la competitividad también a los cuerpos y a los temperamentos. Hay ansiedad y estrés en la jornada. No hay tiempo para ver a las personas amigas, la ciudad es desapacible y todo está lejos. Hay ahogo. Poco a poco, se expropia el sentido del vivir entre la gente y se vende el sentido del querer desahogarse con los medios disponibles.

El sentido es imaginario, pero aquello con lo que trabajan la imaginación y la razón, los medios y los fines, se construye y a veces hay que empezar por el final: imaginar otros fines para poder quererlos, y luchar para que otros medios los hagan posibles.

7.2. Ardiente y frenético

De tanto en tanto en la literatura tiene lugar un debate, casi nunca nombrado de forma explícita, entre dos posiciones. La primera sostiene que no hay que darle a la vida ningún sentido. Dárselo, se afirma, suele

conducir no solo a interpretaciones erróneas, sino también a interpretaciones autoritarias puesto que, se dice, una vez tomada la decisión suele seguirse de ella el deseo de que otras personas le den el mismo sentido. Cuando eso le sucede a una persona con poder, pasan hechos terribles para todas las demás personas a quienes se obliga a vivir con un sentido impuesto. Admitir el absurdo es un acto de coraje, dicen, y citan el aserto de un personaje, Jacinto Batalla: «El argumento se quedó parado y sobrevino la felicidad».

Quienes no estamos de acuerdo queremos aclarar que no se trata de elegir entre «sentido siempre» o «sentido nunca», ni tampoco de elegir un solo sentido que devore a los otros. Por un lado, pensamos que mientras se averigua si existe o no una gramática universal, sí parece claro, con los conocimientos que hoy tenemos, que pensamos a través de fines. Incluso quienes defienden la conveniencia de librarse del sentido proponen, aun sin quererlo, un fin: la felicidad, que la vida fluya sin ataduras, sin las constricciones del poder capaz de alterar e imponer sentidos, etcétera, y tienden a eludir la precisión: no dicen, por ejemplo, qué hacer con las estructuras que sostienen las constricciones de hoy, o qué método seguir para convencer a quienes ni mucho menos quieren deshacer las ataduras ajenas que les benefician.

Escribe Carlos Piera: «Todo sentido es externo y nunca se ha progresado en el conocimiento de nada suponiéndole un sentido». Así es, pero lo que ahora nos ocupa no es el supuesto sentido interno de las cosas, el sentido inmanente que habría que descubrir, sino el sentido imaginario que, a veces, decidimos atribuirles mientras dura nuestro paso por la vida.

No hay sentido en el vaivén con que los chopos mueven sus hojas ante un cielo cubierto de nubes rotas de vez en cuando por el sol. No borra las preocupaciones, pero sí las aplaza y es agradable mirarlo, y mirar a quienes lo miran.

No hay, ni mucho menos, sentido en el sufrimiento de una persona. «Si solo somos máquinas biológicas, ¿por qué preocuparse por nadie ni por nada?», pregunta un entrevistador a Robert Sapolsky. Su respuesta: «No estoy seguro de por qué, más allá de que el dolor es doloroso, y

puede parecer que existe un imperativo ardiente y frenético que trasciende lo que sabemos sobre biología y nos lleva a intentar disminuir el dolor de alguien». Estoy de acuerdo e imagino que tú también, amiga persona. Sé que seguramente no podrá nunca encontrarse el gen de ese imperativo ni la zona exacta del cerebro en donde se asentaría. Sé que no existe tal imperativo en realidad. Lo imaginamos.

Podemos intentar anclarlo en la ínsula y en la circunvolución del cíngulo anterior del cerebro. Podemos acudir a experimentos con ratones que se sienten concernidos por el sufrimiento de sus compañeros de jaula. Podemos ejercer un poco de cinismo, de cinismo bueno. No del que nos disculpa de todo, sino del que recomienda bajar a tierra y tener presente que somos mortales y especialistas en lo imperfecto. Observamos entonces que no siempre ese imperativo es ardiente ni frenético, a veces se nos olvida, a veces está bien que se nos olvide, pues las fuerzas son limitadas y cuando el argumento se detiene aparece el tiempo para la música o las risas, o el abrigo negro y la mirada taciturna, o la pasión ridícula y la no tan ridícula, y serpentinas y farolillos de celofán en la verbena al anochecer. O bien diluvia y no hay donde guarecerse ni tiempo ni fuerzas para pensar en ningún sentido. Y después de cada intento, añadimos: cuando llega un poco de cobijo o de serenidad, volvemos al imperativo, no sabemos borrarlo, o no queremos.

El sentido es una mezcla caprichosa, no un diseño perfecto. A veces lo queremos inevitable como un «Lo hice porque no podía hacer otra cosa». A veces lo preferimos desconcertante. Aunque, en general, lo usamos como un sistema de reconstrucciones, combates, remiendos y días de buen humor. Una abreviatura del vivir que nos permite no estar todo el tiempo haciendo listas de ventajas e inconvenientes, de argumentos rebatidos y nuevos.

7.3. El pegamento que brilla

Entre la brizna de hierba y la supernova, entre las partículas del átomo y el agujero negro, entre querer a tu gente y la revolución mundial, hay un abanico de distancias y un abanico de sentidos. Te cuento dos que llevo conmigo.

El primero nos lo regaló Marvin Minsky cuando estuvo intentando averiguar por qué las personas se quedaban atascadas cuando investigaban. Llegó a la conclusión de que tenía que ver con un uso equivocado del orgullo y la vergüenza. Después de hacer algo bien se enorgullecían, y era eso lo que hacía que se atascaran. Estaban tan orgullosas que se quedaban esperando el reconocimiento. Y cuando lo encontraban no les parecía suficiente. Entonces en lugar de seguir adelante, volvían a hacer lo que habían hecho, quizá con algún matiz distinto, con alguna ligera modificación, para obtener así la cantidad de reconocimiento faltante. Era mejor, decía Minsky, usar la vergüenza al revés. Cuando se hacía algo bien, avergonzarse un poco y seguir adelante.

La gran escritora argentina Hebe Uhart pensaba algo parecido; una vez, hablando de cómo escribir bien, dijo: «La vanidad, por ejemplo, no es nociva porque sea mala moralmente, lo es porque me impide atender el afuera, mi atención se centra en mí». Katherine Mansfield lo explicó, contaba Uhart, «de un modo delicioso: “¿Por qué será que cuando un párrafo me sale bien me inflo tanto que el siguiente me sale mal?”».

Vale, dirás, de acuerdo, pero avergonzarse por haber hecho algo bien parece un poco exagerado. Minsky no desarrolló la idea. Creo que tiene que ver con su estudio del pensamiento como suma de procesos, a menudo simétricos y que actúan en direcciones opuestas. Lo contrario de enorgullecerse es más avergonzarse que simplemente no enorgullecerse. Y es, también, el primer sentido que imagino: avergonzarse sin dramas, avergonzarse, creo, de haber tenido la suerte y los recursos que te han permitido hacer algo bien, pues no es tan común que se den las condiciones para hacerlo. Y pasar a lo siguiente.

El segundo sentido tengo que nombrarlo con cuidado. Sin cuidado, diría algo así: es mejor epopeya que falta de epopeya, enderecemos entuertos, vayamos por los caminos. Pero es que la palabra epopeya,

tanto como la idea de lo quijotesco, tienen componentes muy confusos que hace falta precisar. Escribe Yayo Herrero: «En las sociedades patriarcales el valor se vincula a la potencia y a la fuerza. Se prohíbe el miedo a los hombres y se les presupone a las mujeres. La virilidad prometeica es amante del riesgo. Los legionarios cantan "Soy el novio de la muerte". La muestra de mayor valor es despreciar la vida y ponerla al servicio de la causa». Y añade: «Cuando la causa es la propia vida, ser valiente es mantenerla. Por ello, Lolita Chávez, activista del pueblo maya, dice que ella no quiere ser héroe, que quiere vivir. Para mí, ella sí que es valiente». Mantener la vida, sonreír con la alegre tristeza del olivo, ocultar la pena a las personas que quieres para evitarles dolor, o contarles esa misma pena para hacerles un sitio y que se sepan útiles, hay muchas maneras de ser valiente. A veces una heroicidad pequeña alegra la vida, y una grande crea demasiado sufrimiento evitable. Hay epopeyas de acero y otras de sábanas planchadas para que las arrugas no incomoden a quien debe permanecer en cama. Y no hay que confundirlas con la abnegación y la docilidad. Levantar la cabeza y enfrentarse no se opone nunca al momento de ahuecar la almohada a quien no puede.

Don Quijote quería deshacer agravios. Pero el don Quijote de Cervantes apenas se parece a ese héroe que luego ha llenado los discursos, los poemas, las canciones. Pocos personajes han elegido sus batallas peor que él. Pocos fines de los que se pueda argumentar que son buenos ha logrado, si es que ha logrado alguno. En la novela se muestran en cambio varios daños, tal vez no buscados pero sí provocados por sus actos. Diríase que don Quijote ha querido jugar a la epopeya y le ha salido mal, y aunque se ha llevado algunos palos, más se ha llevado Sancho por su causa. Señala Jesús G. Maestro que *El Quijote* es una novela contra los idealistas, si se entiende por idealistas a aquellas personas que no analizan bien sus fines ni los medios para llevarlos a cabo.

¿Por qué motivos algo que es una burla y una crítica ha sido interpretado tantas veces como la exaltación de una actitud admirable? Hablaré de dos. En primer lugar, las compañías. Quienes se empeñan

en acabar con la aventura de don Quijote, quienes le engañan y se burlan, son pretenciosos, o ricos, o injustos. En cambio, quien permanece a su lado es un personaje inteligente, sensato, irónico, leal, materialista en el mejor sentido, no servil. En segundo lugar, y esto hay que explicarlo: el alrededor de la derrota. «Hazme un sitio en tu montura, / caballero derrotado, / hazme un sitio en tu montura / que yo también voy cargado / de amargura / y no puedo batallar». Los versos de León Felipe condensan esa larga mirada sobre las acciones de don Quijote. Ha querido deshacer agravios, y no ha podido. Ha querido creer en las grandes palabras de los que un día fueron grandes libros, y solo ha podido fingir que creía.

Dice el escritor Vargas Llosa que don Quijote quiere transformar la ficción en historia viva y que se sale con la suya porque en la novela la ficción va contaminando lo vivido y la realidad se va gradualmente plegando a las excentricidades y fantasías de don Quijote. Disiento, amiga persona. No es cierto que la realidad se pliegue. Los personajes que engañan a don Quijote nunca olvidan que lo están engañando, aunque a lo mejor no se preguntan lo suficiente si acaso don Quijote no estará también engañándoles a ellos. Y cada vez que en la novela aparece algún fenómeno que pudiera ser un auténtico encantamiento, el narrador se encarga de recordar que no es así, que hay trampa, que las cabezas de bronce no pueden hablar.

A Vargas Llosa le molesta el final de la novela, le parece «un anticlímax un tanto deprimente y forzado», considera irregular que don Alonso Quijano vuelva a la realidad una vez que esta ha mudado ya en buena parte en ficción como «demuestra», dice, «el lloroso Sancho Panza» cuando pide a don Quijote que no se muera y que se vayan «al campo vestidos de pastores». Otra vez disiento. La realidad no ha mudado en nada, y Sancho Panza quiere seguir jugando con su amo, y al mismo tiempo, así lo dice el narrador, se regocija por el testamento de Quijano: «que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto». No hay cinismo del malo en el regocijo de Sancho, ni hay impostura en su tristeza anterior. Ya decía Minsky que el pensamiento –y la mayoría de las

emociones se piensan– tiene propósitos muy variados y obedece a procesos que a menudo compiten entre sí. Ni Sancho ni, desde luego, el narrador de *El Quijote*, ni probablemente don Quijote han confundido la realidad con la ficción. En algún momento han jugado a confundirla, como otros muchos personajes del texto.

Dejamos ahora la novela entera, todo lo que alberga. Vamos a lo quijotesco, a lo que hoy ha dado en significar quijotesco y que está relacionado con el alrededor de la derrota. No se llama quijotesco, por ejemplo, al equipo que va perdiendo 3 a 1 y remonta y termina ganando 3 a 4. Ni a las personas que obtuvieron victorias incluso cuando eran muy pocas contra muchas. El uso en el habla de lo quijotesco es creer que vas a ganar sin que exista la más remota posibilidad. Eso se canta a veces de don Quijote. El momento en que no se puede, o no se quiere, batallar con lo real, y se batalla con lo inventado. Cuando digo que es mejor epopeya que falta de epopeya no me refiero a este sentido de lo quijotesco, aunque lo entienda. Tampoco me convence la palabra «epopeya», pues ha solido designar lo opuesto: la historia de los que ganan sin que exista la posibilidad de que el héroe pierda, aunque sí vayan cayendo sus servidores y soldados.

Tanto la idea de lo quijotesco que desdeña el conocimiento, como la idea de lo épico que no cuenta el precio de la victoria, cercan el sentido y lo confunden. ¿Cómo llamar a lo que late detrás? Hay un punto donde convergen dos facultades. La que impulsa a conocer la realidad, a poner en discusión lo que se piensa, se conoce y se vive, argumentarlo, contrastarlo, escuchar e imaginar lo que piensan, conocen y viven otros individuos. Y la facultad –otros la llamarán inclinación, pero llamarla facultad implica algo distinto– que pide no someterse a quienes enmascaran sus acciones bajo el disfraz de lo inevitable. Ambas facultades ejercitadas como en un solo compás habrían permitido a don Quijote elegir mejor sus batallas. Sin resignarse pero, a la vez, sin causar daños absurdos.

A lo mejor has oído hablar de una técnica para reparar las cosas en Japón, el kintsugi: en lugar de esconder las fracturas las pone a la vista mediante un barniz de resina mezclado con materiales preciosos. Se

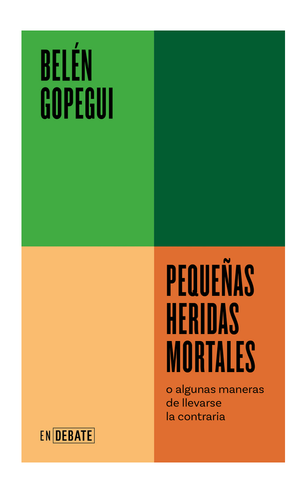
apoya en un sentido común del mundo que aprecia lo imperfecto, lo incompleto, lo usado y lo efímero, un sentido distinto de la manera occidental de entender lo bello. Las roturas y reparaciones forman parte de la historia, no hay por qué ocultarlas. Las irregularidades, el uso, la falta de simetría, nos hacen. El mundo es mortal, se va enredando como el musguito en la piedra de Violeta Parra. Y no hay reglas absolutas. Cuando las roturas, hablo de los humanos, hacen la vida muy difícil o dan lugar al desmoronamiento, es también lógico tratar de repararlas, atenuarlas o pintarlas de otro color.

Dicen que el verbo es una diferencia. Andar, llover, reír. Después de que andes, de que llueva, de que nos riamos, siempre algo ha cambiado. En cambio, los propósitos en forma de palabras me gustaría que los tomes como lo que son, pájaros a punto de echar a volar si un movimiento los espanta, o si es mucho lo que impide que se lleven a cabo. Sin embargo, estuvieron, los dijimos y algo de esas palabras nos obliga.

El segundo sentido, o propósito, es entonces una negativa a la dejadez y a quedarse en la tristeza. No porque no existan razones, sino porque existen.

Del fruto de los plátanos de paseo bajo los que te escribo se desprenden pequeños penachos color trigo y canela. Al mirar cómo caen sobre el pavimento, distingo algunos brillos de la mica entreverada en los adoquines. ¿Por qué un suelo de adoquines se parece un instante al universo? No hay por qué, pero lo miro y te lo cuento y en estos cafés de un solo lado te entrego la distancia que nos une.

Belén Copegui disecciona el mundo actual en estas siete luminosas reflexiones que navegan en aguas de la ciencia y la ética, la filosofía y la literatura.



Cavilaciones sobre la prudencia, el valor de la imaginación, el poder seductor de los personajes malos, el rencor, el inminente y peligroso apocalipsis ecológico, los colores que pintan nuestra existencia las pequeñas heroicidades del día a día.

Pequeñas heridas mortales es un libro que se nos abre como compañero, como antorcha que ilumina la caverna moderna. Un texto repleto de alusiones a la ciencia y la conducta humana, pero siempre con la filosofía y la literatura como brújulas para desvelar el sentido de las cosas y de la vida. Gopegui despliega el contenido del conocimiento, que como luz ilumina nuestros refugios, conduciéndonos por mil y un mapas a diversas escalas de la intelectualidad y con un innegable compromiso ético y político que baña sus novelas.

Belén Gopegui (Madrid, 1963) publicó su primera novela, *La escala de los mapas*, en 1993, en la editorial Anagrama. Siguieron, entre otros títulos, *Tocarnos la cara* (1995), *La conquista del aire* (1998), *Lo real* (2001), *El lado frío de la almohada* (2004), *El padre de Blancanieves* (2007) y *Deseo de ser punk* (2009), todos ellos hoy disponibles en Debolsillo. En Random House ha publicado *Acceso no autorizado* (2011), *El comité de la noche* (2014), *Quédate este día y esta noche conmigo* (2017), el texto breve *Ella pisó la Luna, ellas pisaron la Luna* (2019), *Existiríamos el mar* (2021) y la edición conmemorativa del 25.º aniversario de *La escala de los mapas*. El volumen *Rompiendo algo* (Ediciones Universidad Diego Portales, 2014; Debolsillo, 2018) reúne una selección de sus artículos y ensayos. En 2023 publicó en Debate un singular tratado sobre la autoayuda como novela, *El murmullo*.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Primera edición: enero de 2024

Diseño de la colección: PRHGE / Nora Grosse



ISBN: 978-84-19951-22-9

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
X: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
Youtube: penguinlibros

Índice

Nota

[*] Alejandro Valero, Oscuridades, Olifante, Zaragoza, 2023.